

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Solo para hombres

Brigitte recibe la llamada de una vieja amiga de universidad. Se encuentra muy asustada y le pide ayuda.

Cuando Baby llega donde se aloja su amiga la encuentra asesinada. ¿Es el asesino ese hombre con el que se ha cruzado mientras iba a la cabaña?

Siguiendo esta pista, nuestra espía, junto con su amigo Frank Minello, llega a un motel «sólo para hombres», donde se disfruta de la «dolce vita» de una manera muy especial.



Lou Carrigan

Sólo para hombres

Brigitte en acción - 131

Archivo Secreto - 225

ePub r1.2
Titivillus 01.06.2017

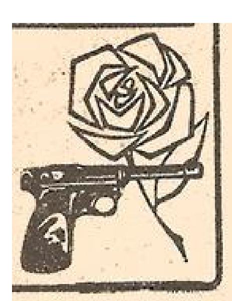
Lou Carrigan, 1976

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: Pepito56
ePub base r1.2





4º aniversario
Proyecto Scriptorium
Más libros,
más libres



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Radiante… Estaba sencillamente radiante. A menos que los espejos mintieran, cosa que no suele ocurrir. Respecto a aquel espejo, precisamente era muy afortunado. Hay espejos que tienen que soportar imágenes desagradables, pero el de aquel tocador no podía haber ido a parar a mejor sitio. Reflejar a aquella jovencita de ojos azules y cuerpo escultural era lo que se llamaba una auténtica ganga…

Cuando sonó el teléfono, la jovencita de los ojos azules tendió hacia él una bellísima mano, con un gesto elegante y encantador.

—¿Sí?

—¿…?

—Sí, soy Brigitte Montfort. ¿Eres tú, Lucy, querida? ¡Qué sorpresa!

—¿…?

—¿Que si me acuerdo de ti? Por el amor de Dios, claro que sí… No he olvidado a ninguno de mis compañeros de Universidad… ¿Sí?

—…

—¿Famosa yo? Oh, bueno, eres muy amable, querida. Solamente soy una periodista que intenta hacer su trabajo lo mejor posible… Oh, sí, internacional… No voy a negar que he tenido un poco de suerte… ¿Cómo te va a ti?

—…

—Te casaste… Bien, eso es normal. No todas se quedan solteronas como yo. ¿Cuántos niños tienes?

—…

—¿Ninguno? Mujer, eso no está bien. Para algo se casa una, digo yo… ¿Cómo? Sí, sí, te escucho.

—…

—Sí, te entiendo, sigue… Sí, sí… Anoto tu dirección. ¿Qué te

ocurre?

Durante un par de minutos, Brigitte estuvo escuchando, mientras, lentamente, en su rostro aparecía una expresión de interés y, por fin, de inquietud.

—Bien, no te muevas, de ahí… —murmuró—. No, no, yo paso a buscarte, querida. Ahora mismo, desde luego. Hasta ahora.

Colgó; quedó pensativa unos segundos y luego, completamente olvidada del espejo, fue al salón. Al verla aparecer, Frank Minello se puso en pie y lanzó un aullido tremendo.

—¡Woooaaahooo…! ¡Esta noche va a envidiarme el mundo!

—Lo siento, Frankie. No vamos a poder salir.

Minello pareció deshincharse, quedó como un niño al que acaban de robarle el más bonito globo del mundo en aquellos momentos.

—Ya decía yo que era demasiada suerte cenar contigo…

—Perdóname. Tengo que ir a ver a una compañera de estudios. Ya sabes lo que pasa con esto: siempre juntos, mientras dura la Universidad… Luego nos separamos. La vida traza diferentes caminos. Estaba muy asustada.

—¿Quién?

—Lucille Manley… Darrows, de casada, ahora. Está en un motel de New Jersey esperándome. Me parece que está en un apuro.

—Ah… Bueno, te acompañaré. ¿Qué le pasa a tu amiga?

—No sé exactamente. Pero he reconocido en su tono de voz que tiene mucho miedo.

—Miedo…, ¿a qué?

—Yo diría a morir —susurró Brigitte—. Vamos. Quiero llegar allí cuanto antes. Tienes el coche abajo, supongo.

—Claro… Y no olvides que me debes una cena.

—No lo olvidaré.

Poco después, en el coche de Minello, cruzaban Manhattan, hacia los túneles que les llevarían a New Jersey. Los dos iban silenciosos, hasta que Brigitte expuso sus pensamientos en un susurró:

—Quizá sean figuraciones mías —dijo.

—Quizá —musitó Minello.

Miró de reojo a su bellísima acompañante, y frunció el ceño.

Conocía muy bien las figuraciones de Brigitte Montfort, alias

Baby, la espía más astuta, inteligente y extraordinaria del mundo. Sus «figuraciones» eran tan curiosas que siempre se cumplían.

—Es una buena chica —volvió a hablar Brigitte—. Tiene un año menos que yo, y siempre quería estar conmigo. Lo pasamos muy bien en la Universidad de Columbia. Ella es un poquito… fea, llevaba lentes y tenía los dientes un poco salidos… La llamaban Conejito. Vaya… Va a parecer una impaciencia infantil, Frankie, pero estoy deseando llegar a ese motel. Espérame aquí. Y ya sabes lo convenido: si dentro de cinco minutos no he venido a por ti, es que no te necesitamos, y debes regresar.

—Dame diez minutos más —protestó Minello—. Tienes que entrar en el motel, ir a su cabaña, hablar con ella…

—De acuerdo: diez minutos.

Brigitte salió del coche, cruzó la avenida de plátanos, que tenían ya unos diminutos brotes primaverales, y entró rápidamente en el recinto del motel, que no podía ser más clásico: una avenida de tierra que llevaba a la cabaña de dirección, árboles, setos y, al fondo, las cabañas de alquiler. En la entrada había un letrero luminoso, que indicaba que quedaban cabañas libres con la palabra vacancy.

Ni siquiera tuvo que acercarse a la cabaña-conserjería, ya que Lucille le había dicho el número de la que ocupaba: la catorce. Vio el uno a la derecha de la conserjería, y la dos a la izquierda. De modo que se fue hacia la izquierda, parte de los pares. En la cuatro parecía que no había nadie. En la seis había luz, pero no se oía nada. En la ocho se oía música. Delante de la diez se cruzó con un hombre alto, apuesto, que se iba ajustando los guantes. Era todo un tipazo, de caminar elástico y elegante. Sí, señor, todo un tipazo. Debía medir no menos de ocho pulgadas más que ella, lo cual no estaba nada mal. Se volvió disimuladamente y le vio meterse en un «Dodge» granate, matrícula de Illinois, lo cual le hizo abandonar su esperanza de que fuera el marido de Lucy, pues sabía que ésta vivía últimamente en Maryland, si no estaba confundida. Claro que esto era una tontería, ya que se podía vivir en Nueva York y tener un coche con matrícula de París, por ejemplo. De todos modos, y recordando a Lucy, se dijo que habría sido una gran suerte para ella tener un marido como aquel gran atleta que acababa de pasar y que…

Se encontró de pronto delante de la cabaña catorce. Subió al porche, que estaba parcialmente iluminado por la luz que traspasaba las blancas cortinas de la ventana, y pulsó el timbre… Lo volvió a pulsar. Cuando lo hizo por tercera vez, casi al mismo tiempo sacaba de su bolso una lima para las uñas. Sin vacilar la introdujo en la cerradura, hurgó apenas tres o cuatro segundos, y la puerta quedó abierta.

Entró y ajustó tras ella suavemente la puerta.

—¿Lucy? —llamó.

No obtuvo respuesta. Se dirigió directamente al dormitorio, notando en su espalda aquella sensación de frío que tantas y tantas veces había experimentado. En muchas ocasiones había hecho aquello mismo cuando tenía cita con uno de sus Simones, y, siempre, inevitablemente, lo había encontrado muerto.

Y, ciertamente, el instinto de la agente Baby no iba a fallar aquella vez. Vio a la mujer tendida en el suelo, de cara al techo, con los ojos muy abiertos. Llevaba todavía un grueso vestido de dos piezas de tweed, muy propio para viajar cómodamente. Junto a ella se veían los lentes, uno de cuyos cristales se había roto. Los ojos miraban al techo, pero Brigitte supo en el acto que ya no veían. Aquellos ojos ya no veían nada de este mundo. La cabeza de la mujer se veía hendida por el centro, y una gran mancha de sangre todavía fresca se deslizaba por entre los cabellos, hacia el rostro, tiñéndolo de rojo. A su alrededor todo estaba revuelto, abiertas las dos maletas, las prendas esparcidas por todas partes; la cama estaba removida de su sitio, uno de los silloncitos del dormitorio estaba volcado, la alfombra arrugada… Era como si allí se hubiese desarrollado una lucha o un precipitado registro.

Se arrodilló junto a su amiga, su compañera de Universidad, pero ni siquiera la tocó. Se quedó mirando aquellos ojos miopes, la boca agónicamente abierta, el gesto de espanto crispado en el rostro… Por entre los tensos labios se veían los dientes un tanto salidos de la mujer muerta… Adiós, Conejito.

Brigitte Baby Montfort se sentía como congelada, con una profunda angustia que parecía paralizar su garganta, su sistema respiratorio. En unos segundos cientos de imágenes pasaron por su mente, todas ellas relacionadas con Lucille Manley: las risas, las bromas, los estudios, las frías tardes de invierno cambiando

impresiones sobre un tema, los saltos de pértiga, las competiciones de natación, la risa tibia y tímida de Lucy, su admiración siempre patente en sus ojos miopes, el calor de su mano cuando la tomaba del brazo para pasear por los jardines de la Universidad, sabiendo que ella era más fea, y aceptando el hecho con dignidad, contenta de ser la buena amiga de la más admirada de las alumnas: Brigitte Montfort.

Ésta se puso en pie, lentamente. Sabía que estaba pálida y notaba las manos duras, como petrificadas. La idea no podía soslayarse por más tiempo: Lucille Manley estaba muerta. Muerta de un modo brutal, violento, tras sostener una lucha por su existencia… ¿Por qué había muerto? ¿A cambio de qué?

El hombre… Aquel hombre alto, atlético, guapo, elegante… El hombre que había subido en un coche «Dodge» de color granate, mientras se ajustaba los guantes… En el suelo, cerca de los pies de la cama, Brigitte vio el doble candelabro de bronce. En seguida se dio cuenta de que era un adorno de la repisa de la chimenea…, pero allí no había chimenea. Ni hacía falta. Sobre un mueble vio la pareja de aquel duro candelabro. Había sido como un adorno allí. En el suelo se veían también dos velas rojas, una de ellas rota.

Dio la vuelta, salió de la cabaña y echó a correr hacía la salida del motel. Apareció en la avenida, llegó corriendo junto al coche de Minello y abrió de un tirón la portezuela.

—¡Frankie, el «Dodge»…! ¿Lo has visto? —Casi gritó.

—¿El qué? ¿Qué…?

—¡Un coche «Dodge» color granate, con un hombre que…!

Se calló bruscamente. Minello salió del coche y la tomó de un brazo.

—Brigitte, ¿qué ocurre? —murmuró, con voz tensa.

—Frankie, la han matado.

—¿A tu amiga?

—Sí.

—Dios…

No preguntó si estaba segura, porque eso habría sido una completa imbecilidad por su parte. Si Brigitte decía que una persona estaba muerta, era que sólo faltaba enterrarla. Ella regresó rápidamente hacia el motel, con Minello al lado. Sin haber visto a nadie más, y sin ser vistos, entraron juntos en la cabaña catorce.

Brigitte volvió a arrodillarse junto al cadáver de su amiga, mientras Minello miraba a su alrededor, con el ceño fruncido, un poco pálido. Cuando miró de nuevo a Brigitte la vio sosteniendo una mano del cadáver, llenos de lágrimas los azules ojos. No se oía el llanto, de Brigitte, por supuesto, pero Minello sabía que esto era normal en la espía. Para ella llorar no era un espectáculo público, sino una íntima manifestación de dolor.

Minello quiso decir algo, pero se dio cuenta de que todo lo que hacía era tartamudear, así que se calló, carraspeó; por fin pudo hablar con cierta claridad:

—Parece un asunto torpe, Brigitte… Es como si alguien hubiera venido a robar, y la hubiera golpeado, con eso —señaló el candelabro caído al suelo—. ¿Quieres que me encargue de llamar a la policía?

Ella lo miró, y Minello vio en sus ojos aquel tono frío, como congelado. Pocas veces había visto aquella expresión en los ojos de Brigitte Montfort, pero, en honor a la verdad, esas pocas habían sido demasiadas. Hasta él notaba el frío en todo el cuerpo cuando veía congelados los ojos de la espía.

—No —musitó ella—. Nos vamos de aquí ahora mismo, Frank.

—Pero convendría…

—Nos vamos.

—¿No vas a denunciar el hecho?

Brigitte se puso de nuevo en pie, fue al teléfono y lo descolgó, protegiendo su mano con un fino pañuelo; se acercó el auricular a una oreja y asintió con la cabeza al comprobar que era automático… Para llamar al exterior del motel no hacía falta la intervención de la centralita del mismo. Es decir, que Lucy la había llamado directamente, y nadie tenía por qué saber nada de esto.

—Nos vamos —repitió.

—¿Vas a dejarla aquí, así…?

Brigitte salió de la cabaña: Poco después, los dos estaban de nuevo en el coche de Minello. A una seña de Brigitte, éste lo puso en marcha y se alejó, de regreso a Nueva York. Al pasar ante una cabina de teléfono público Brigitte le hizo señas para que se detuviera.

—Llama al Police Department, Frankie. Diles que en la cabaña catorce de ese motel ha sido asesinada una mujer, y cuelga.

—Pero…

—Eso es todo.

—Está bien.

Minello obedeció. Salió del coche, efectuó la llamada y regresó. Se sentó de nuevo junto a la espía, que parecía muy pensativa. Le dio un cigarrillo encendido; que ella aceptó maquinalmente, y, después de dar dos o tres fumadas, lo miró inexpresivamente.

—Vamos ahora a la floristería de tío Charlie, Frank.

—Okay.

Capítulo II

—Lo lamento de veras, Brigitte —murmuró Charles Alan Pitzer, que, como su ayudante Simón, estaba en bata y pijama—. Admito que no comprendo qué tenemos que ver en esto, pero si hay algo que podamos hacer nosotros…

Estaban en el comedor-living de la floristería, donde vivía el jefe del sector de Nueva York de la CIA con su colaborador directo. Simón había terminado de preparar café y sirvió a Brigitte, a Minello, a Pitzer y, por último, a sí mismo. Brigitte estaba sentada en el sofá, delante del televisor, qué estaba apagado.

—Quiero que llame a la Central, tío Charlie. El mensaje es directo para míster Cavanagh…

—Estará durmiendo a estas horas.

—Que lo despierten. Él me lo perdonará, estoy segura.

—Y yo también —mascullό Simón—. Dígame qué debo decirle a míster Cavanagh, Baby.

—Quiero que envíe a Nueva York a esta floristería exactamente, y cuanto antes, al mejor dibujante-fotógrafo de la plantilla. Si también está durmiendo, o está de vacaciones, o en Pago-Pago, que lo hagan venir, en avión especial, ahora mismo. Quiero…

—Sé lo que quiere; y se lo diré a míster Cavanagh. Él se encargará de lo demás.

Salió del comedor-living. Los demás quedaron silenciosos. Brigitte tomaba el café lentamente, y Minello le puso en los deditos otro cigarrillo encendido. Nadie dijo nada durante los minutos que transcurrieron hasta que Simón regresó, sonriendo secamente.

—El dibujante no estaba en Pago-Pago, sino en Washington. Un helicóptero se ha puesto en marcha —miró su reloj—. Apuesto a que no tarda más de dos horas en aparecer por aquí.

* * *

Exactamente dos horas y siete minutos más tarde, Simón tuvo que ir a abrir nuevamente la puerta de la floristería. Regresó en seguida, acompañado de dos hombres, uno de los cuales cojeaba ligeramente, debido a la rigidez de su cadera. Pitzer se puso en pie de un salto, y la pipa casi escapó de entre sus dientes.

—¡Míster Cavanagh! —exclamó.

—Hola, Pitzer —saludó el jefe absoluto de los agentes de acción de la CIA; se plantó delante de Brigitte; mirándola con una atención y un afecto que sorprendió a Minello.

—¿Qué sucede, Baby?

—Lamento que se haya tomado tanta molestia, señor —musitó la espía—. Solamente pedí al dibujante.

—Pues ahí lo tiene —señaló Cavanagh al otro hombre—. Frost, empiece a trabajar con Baby.

—Sí, señor. Con muchísimo gusto.

Lo de muchísimo gusto no era un decir, ni una formalidad, y Minello lo comprendió. El hombre todavía despeinado y asomando por debajo de su abrigo las solapas del pijama se sentó junto a Brigitte, cuaderno y lápiz en mano, mirándola expectante.

—Unos treinta y cinco años —empezó la espía, entornando los ojos—. Un hombre, desde luego. Esbelto, rostro bronceado, mandíbula recta y firme, boca fina, cabellos lacios, peinados con raya a la izquierda, pómulos finos, ojos grandes, nariz recta… Cejas finas, y rectas, el rostro medio en longitud…

El dibujante estaba ya trazando veloces líneas con el lápiz sobre la primera hoja del gran cuaderno. Míster Cavanagh comenzó a charlar a media voz con Simón y Pitzer. El dibujante arrancó la primera hoja del cuaderno, la colocó a su lado y trazó de nuevo los rasgos generales del «dictado» que estaba realizando la agente Baby, que aprobó con la cabeza y siguió dando detalles. Pitzer terminó de informar a Cavanagh, y todos se reunieron en torno a Brigitte y al dibujante, que arrancó una nueva hoja, y procedió al trazado del siguiente retrato, cada vez más perfeccionado. Línea a línea, rasgo a rasgo, el rostro del atractivo sujeto que Brigitte había visto ajustándose los guantes en el motel fue quedando nítidamente reflejado en el papel. En la quinta hoja el rostro alcanzó la máxima

perfección posible.

—Es él —señaló Brigitte el dibujo—. Quiero que lo busquen a partir de este mismo momento en todo el país, en los aeropuertos, en los muelles, estaciones de trenes y autobuses… Quiero encontrarlo. Va en un «Dodge» color granate, matrícula de Illinois, número… —Frunció el ceño, estuvo pensativa unos segundos y, por fin, tomó el block; debajo del rostro de aquel hombre apuntó la matrícula, el color del auto y la marca, así como el modelo; tendió el cuaderno a Cavanagh—. Esto es lo que quiero que me busquen, señor. A partir de ahora.

—Parece que este asunto no tiene relación con la CIA, ¿no es así? —murmuró míster Cavanagh.

—Ninguna relación, que yo sepa. En absoluto.

—¿Es un asunto particular?

—Particularísimo… —deslizó Brigitte, mirando muy atentamente a su jefe absoluto.

—Brigitte —murmuró Minello—, yo creo que no puedes pedir a la CIA que se ocupe de…

—Tú te callas —le espetó Brigitte—. Llevo la mitad de mi vida trabajando para la CIA. Creo que es hora de que la CIA trabaje para mí. ¿Piensa negarse, míster Cavanagh?

—Para negarme a algo que usted me pida, Baby, yo no viajo a medianoche en helicóptero, en pijama y después de haber puesto sobre las armas a dos docenas de agentes de acción. ¿Esto es todo lo que quiere?

—Sí.

—Será servida. No sé cuánto tardaremos en darle informes sobre este hombre, pero le aseguro que los tendrá. Cuando llegue el momento enviaré a buscarla con un helicóptero. ¿Le parece bien?

—Sí, señor.

—Buenas noches —dijo Cavanagh.

La despedida fue simple, casi fría. Simón fue a acompañar a Cavanagh y a Frost, mientras Minello miraba casi sobrecogido a la espía más bella del mundo.

—Me pregunto —murmuró—, si la CIA se movería tanto y tan de prisa si se tratase de un asunto de nuestro presidente. Según parece, tu importancia ha crecido enormemente desde la última vez que te ayudé… Quiero decir, desde la última vez que me dejaste

participar en una de tus aventuras. Recuerdo…

—¿Por qué no se calla? —farfulló Pitzer—. Todos tenemos muchas cosas que hacer esta noche, Minello. Es mejor que se vaya a dormir.

—Váyase al demonio —masculló Frank.

Charles Alan Pitzer no le hizo el menor caso. Se sentó junto a Brigitte y la miró atentamente.

—¿Y respecto al asesinato en sí? —murmuró.

—Usted se ocupará de todos los detalles, tío Charlie. La policía debe estar ya en el motel. Interésese por todo, y, cuando tenga un informe completo, póngame al corriente. Ya sabe cómo localizarme en cualquier momento.

—¿Algo más?

—No. Gracias por todo y buenas noches. Lamento haberles molestado a todos.

Capítulo III

Poco antes de las nueve, y media, cuando Brigitte se disponía a salir de su apartamento camino del Morning News, apareció Charles Pitzer. Parecía cansado, pero había en sus astutos ojillos una expresión que hizo comprender a la espía que las cosas estaban marchando muy bien.

—Buenos días, tío Charlie. ¿Ha desayunado?

—Tomé algo por ahí —asintió Pitzer, dejándose caer en uno de los sillones—. ¿Piensa ir al periódico?

—Pensaba hacerlo. Pero es posible que tenga mejores cosas qué hacer. ¿O no?

—Es posible —admitió Pitzer—. La señora Lucille Darrows falleció a consecuencia de un golpe que le propinaron en la cabeza con un candelabro que había en la misma cabaña. Aparentemente, las circunstancias que rodean el…

—Tío Charlie —cortó Brigitte—: al grano. Sólo lo justo para que yo me entere.

—Muy bien. Está fue la teoría de la policía, y parece que muy ajustada a la verdad: la señora Darrows llegó de viaje, se inscribió en el motel y ocupó la cabaña catorce. Una hora después estaba muerta. La policía asegura que alguien entró dispuesto a robar, engañando para ello a la señora Darrows. Parece que debieron verla llegar, comprendieron que tenía que llevar dinero encima y fueron por él. Ella se resistió, hubo algo de lucha y el ladrón la mató de un golpe.

Brigitte sonrió fríamente.

—¿Le robaron algo, entonces? —murmuró.

—No se le ha encontrado encima, ni en su equipaje, un solo centavo. El bolso de mano de la víctima, así como el equipaje, muestran claras señales de haber sido registrados.

—¿De modo que han decidido que el móvil del crimen ha sido el

robo…? Está bien. ¿Qué más?

—Llevaba su documentación y tarjetas de visita. Vivía en Towson, Maryland, y la policía de aquí encargó a la de allá que avisase lo ocurrido a sus familiares. La policía de Towson encontró solamente a un familiar: su marido, llamado Peter Darrows, que se puso inmediatamente en camino. Se ha pasado la noche con la policía, respondiendo preguntas, pero todo sigue igual: el robo sigue siendo el motivo determinado por la policía.

—¿Ha visto usted al marido, a Peter Darrows?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Oh, un muchacho muy agradable. Debe tener unos treinta y dos o treinta y cuatro años, es moreno, parece muy inteligente. Es oficial de la U. S. Navy y presta sus servicios en Washington, en asuntos burocráticos.

—¿Cómo ha encajado el hecho?

—Yo diría que con dignidad.

Brigitte asintió, y quedó unos segundos pensativa. Por fin, volvió a mirar a Pitzer, un poco crispada la expresión.

—¿Le hicieron la autopsia a Lucy…, a la víctima, tío Charlie?

—Eso no pude evitarlo —susurró Pitzer—. Me puse de acuerdo en algunas cosas con la policía, y hasta les sugerí que podían dejar el caso momentáneamente en suspensión, ya que cierto sector de la CIA se interesaba por ello, si bien secretamente. También les dije que el hombre que les avisó por teléfono era de los míos, y que tanto su llamada como su intervención en cualquier aspecto deben permanecer en secreto… Convinimos en que, para no dar motivos de extrañeza al asesino, la policía simularía interesarse de lleno en el asunto, sin mencionar el interés indirecto de la CIA. Llegamos a muchos acuerdos…, pero no pude evitar que se le hiciera la autopsia a su amiga… Lo siento, Brigitte.

Ésta no dijo nada, de momento. Más que ver a Lucy Manley en la actualidad, la veía en sus recuerdos de años atrás: feúcha, tímida y dulce. Había sido una buena compañera, una cariñosa amiga. Ahora yacía en un cajón del estremecedor frigorífico de la Morgue, desnuda, fría, con su cuerpo mutilado…

—¿Está en la Morgue, supongo…? —inquirió roncamente.

—Por poco tiempo. Me pareció que usted querría que su marido

tuviese las máximas facilidades, de modo que esta misma mañana saldrá hacia Towson con el cadáver. Entiendo que la enterrarán esta misma tarde, en el cementerio de Towson.

—Le agradezco mucho lo que ha hecho, tío Charlie. Iré a Towson, desde luego, para asistir al entierro. Aunque a mi manera… Ya no puedo hacer nada por Lucy…, excepto encontrar al asesino. Y le aseguro que él lamentará lo que ha hecho. No importa el tiempo que tarde míster Cavanagh en localizarme a aquel hombre. En cuanto lo haga…

—Ya lo ha hecho.

—¿Cómo? —exclamó Brigitte, atónita.

—Lo han encontrado.

—¿Al hombre cuyo rostro dicté al dibujante de la Central? Pero… ¡no es posible! Debieron empezar a buscarlo a las cuatro de la madrugada, o más tarde, él iba en un coche, sin duda alejándose… Sólo han dispuesto de cinco horas… ¿Y ya lo han encontrado?

—Para una vez que la CIA trabaja para Baby comprenderá que debemos hacerlo bien —sonrió extrañamente Pitzer.

—Sí… Sí, sí, pero esto no es normal… ¿O sí, tío Charlie?

Pitzer encogió los hombros. Parecía ahora un poco molesto.

—Míster Cavanagh la está esperando a usted en su despacho, en la Central.

—¿Me está esperando? ¿Para qué? ¿Por qué? Sólo tiene que decirme dónde está ese hombre y quién es y…

—Él la está esperando. Es todo lo que puedo decirle.

Brigitte Baby Montfort parpadeó, lentamente. Se quedó mirando con fijeza a Pitzer, que parecía muy interesado en la contemplación del dibujo de la alfombra. Así estaban cuando volvió a sonar el carillón de llamada del apartamento, y segundos después Peggy apareció precediendo a Frank Minello, que torció el gesto al ver a Pitzer.

—Buenos días, Brigitte. Hola, usted.

Pitzer se puso en pie, refunfuñando algo. Por fin se atrevió a mirar a Brigitte, que continuaba mirándolo fijamente.

—¿Qué le digo a míster Cavanagh?

—Dígale que iré por la tarde, después del entierro de Lucy. A menos que el asunto sea tan urgente que deba privarme de

presenciar el sepelio de una querida amiga.

—No creo que él quiera privarla de eso. Le diré que usted llegará esta tarde. Adiós, Brigitte.

—Adiós…

Pitzer se fue, y Minello, por fin, mascullό:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Tienes que ir a ver a míster Cavanagh?

—Así es, Frankie. Pero no, sé por qué. De momento, me voy en coche a Towson, en Maryland, así que vas a hacerme un favor: dile a Miky que he tenido que salir de viaje, y que no sé cuándo volveré.

—Muy bonito… Te vas y pretendes que yo me enfrente a Grogan con esa noticia… Ni hablar, querida. A mí se me está ocurriendo algo mucho mejor: iré contigo.

Lo dijo sin la menor esperanza de ser admitido como acompañante, y por eso quedó estupefacto cuando Brigitte murmuró:

—De acuerdo, Frankie.

* * *

Al entierro de Lucy Manley, de casada Darrows, asistieron muchas personas, todas ellas con auténtico gesto de pesar, abrumadas e impresionadas. Era una tarde soleada, de cielo límpido muy azul, y se olían las flores y la tierra, mezcladas con el olor de algunos eucaliptos. Peter Darrows, de pie, con un traje negro, permaneció todo el tiempo con la cabeza baja, impávida la expresión. Era, ciertamente, un muchacho muy agradable, y apuesto, atlético, fuerte. Rasgos correctos, frente despejada… Sin duda alguna, la clase de hombre que Conejíto nunca creyó poder tener por marido.

Detrás de él había algunos oficiales de la U. S. Navy y del Ejército y de la USAF, algunos acompañados por sus novias o esposas. Washington quedaba muy cerca, y estaba claro que los Darrows tenían muchos amigos. También había personas de paisano. La que resultó más impresionante fue una negra obesa, de cara redonda, que cuando cayó la primera paletada de tierra sobre el ataúd rompió a llorar con gran estruendo, con un ímpetu desconsolador.

Brigitte la estuvo mirando algunos segundos. Permanecía un poco alejada, como si estuviera en el cementerio visitando a otro

difunto, y, casualmente, hubiera decidido contemplar aquel sepelio. De todos modos, se dio cuenta de que la mayoría de los asistentes la miraban, desconcertados un instante por su belleza, aunque conservando la compostura debida al triste acto. Por fin comenzaron a despedirse. Sólo quedaron junto al viudo un oficial acompañado de su esposa o novia, y la gordísima negra, que continuaba llorando, aunque ahora mansamente, en silencio, si bien con una abundancia impresionante. Acabaron por marcharse todos, y Brigitte quedó sola, mirando hacia la fresca tumba de su amiga, pensando en muchas cosas a la vez: risas, bailes, fiestas, competiciones… Así es la vida: uno guarda miles de recuerdos y, de pronto, alguien los rompe, los destroza. Igual que habían destrozado la vida de Lucy Manley, la feúcha y querida compañera.

Finalmente, la espía regresó al auto donde estaba esperándola Minello, pues ella había preferido estar sola. Frank le dirigió una mirada rápida, de lado, y, sin hacer el menor comentario, puso en marcha el auto.

—Despacio, Frank —murmuró Brigitte—. Quiero llegar de noche a la central.

—Está bien. ¿Quieres que paremos en algún parador a tomar un café?

—Haz lo que quieras, con tal de que lleguemos de noche.

Capítulo IV

—Nuestros agentes están localizando el coche «Dodge» que usted nos describió, Baby —murmuró Cavanagh—. Sin embargo, como ya sabe, tenemos localizado al hombre.

—¿Cómo es posible eso? Lo lógico era llegar al hombre por medio del auto, ¿no?

—Ya teníamos vigilado a ese hombre.

—¿Cómo? —exclamó la espía.

—Vea si es éste. Siempre es mejor una fotografía que un dibujo, por bueno que sea éste.

Abrió una carpeta, sacó una fotografía del tamaño de un folio y la tendió a Brigitte, que, todavía asombrada, la tomó. Ni siquiera la miró un segundo.

—Es él —murmuró—. ¿Dónde está?

—En estos momentos, en un cabaret de Atlantic City llamado Butterfly Club. Se llama Floyd Russell, y es un empleado de ese club nocturno.

Brigitte parpadeó, miró la carpeta que Cavanagh tenía en las manos, miró la foto del tal Russell y, por fin, de nuevo a Cavanagh.

—¿Por qué lo están vigilando? —murmuró.

Míster Cavanagh suspiró, visiblemente aliviado.

—Por un momento pensé que usted se levantaría ahora mismo para ir a matarlo… Me alegra comprobar que no está ofuscada, Brigitte… ¿Quiere ver unas cuantas fotografías más?

Le entregó la carpeta, que estaba llena de fotografías del mismo tamaño. Adherida a cada una de ellas había una página mecanografiada, con una breve serie de datos biográficos sobré el personaje de turno. En silencio, Brigitte fue pasando las fotografías, mirando con rápida atención todos aquellos rostros. Todos eran de hombre. Ni una mujer. Algunos de los personajes vestían de uniforme, y los había de los tres ejércitos. Quedó inmóvil cuando

una de las, fotografías le mostró el rostro inteligente y agradable, inconfundible, de Peter Darrows, el viudo de Lucille Manley. Luego continuó pasando las fotografías, hasta terminarlas. Cerró la carpeta, la dejó sobre la mesa y miró fijamente a Cavanagh, que acababa de encender un cigarrillo.

—Me imagino que ha echado un vistazo a las profesiones de estos caballeros —murmuró, envuelto en humo—. Todos ellos, de un modo u otro, están relacionados con la política o con cualquier sistema de seguridad de la nación.

—He observado eso, sí. Hay un par de senadores, un empleado civil de la Casa Blanca, un general de la USAF… Lo que no sabía era que Peter Darrows perteneciese al Servicio Secreto de la Marina, al G-2.

—¿Su amiga, la señora Darrows, nunca le habló de ello?

—Hacía tiempo que no nos veíamos. Ni siquiera supe que se había casado… Imagino que debió invitarme, pero yo estaría fuera, en alguna misión, y no pudo localizarme, o la invitación se perdió, o Peggy la olvidó… Lucy debió quedar triste al no recibir respuesta mía.

—¿Qué le dijo ella cuando habló con usted por teléfono anoche, desde su motel?

—Que le diese la llave de mi chalet en la montaña, junto al lago. Estaba muy asustada.

—¿No le dijo nada más?

—No. Cambiamos algunas frases de índole personal. Nada que tuviera importancia. Fue su voz lo que me inquietó. Sigo pensando que ella parecía tener miedo a morir. Es todo. Me temo, señor, que no acabo de comprender el significado de estas fotografías… ¿Qué está ocurriendo exactamente?

—Todas estas personas cuyas fotografías ha visto son clientes del Butterfly Club. De vez en cuando, sea o no fin de semana, todos ellos van allí. Esto podría ser una coincidencia, en absoluto extraordinaria si todos ellos viviesen en Washington, o cerca de Atlantic City. Sin embargo, muchos de ellos proceden de otras ciudades, todas ellas importantes por uno y otro sentido: Fort Knox, Cape Kennedy, Houston… La mitad de ellos realizan un largo viaje para pasar una noche divertida en el Butterfly Club… Pero eso, con ser una coincidencia más o menos aceptable, no es todo. También

todos ellos, después de haber estado en ese club de Atlantic City, se van a pasar un par de días al Lucky Star Motel. Ese motel está al sur de Atlantic City, cerca de una localidad llamada Ocean City.

—¿Y se reúnen allí?

—No, no… Van por separado, en distintas fechas. Coinciden a veces, pero ése no parece ser su objetivo. Es más, excepto algunos que trabajan en Washington, los demás no parece que se conozcan entre sí. Van allí, se divierten, y eso es todo.

—¿Qué clase de diversión… practican?

—En el Butterfly Club, la normal en un sitio así: toman unas copas, ven el espectáculo y ya está. Y esa misma noche, o al día siguiente temprano, se van al Lucky Star Motel. Usted sabe que nuestros servicios de seguridad efectúan periódicamente, por rutina, unos informes sobre las actividades privadas de muchas personas relacionadas con el ejército y otras actividades relacionadas con el tinglado político del país. Cuando llegó el primer informe sobre uno de estos personajes, diciendo que había estado en el Butterfly Club, y posteriormente en el Lucky Star Motel, nadie concedió la menor importancia. Ni al segundo informe sobre otro personaje. Ni al tercero… Al cuarto se comentó la coincidencia. Y al quinto. Al sexto informe, nosotros ya teníamos la mosca detrás de la oreja, como suele decirse. Finalmente, los informes respecto a las visitas de algunos personajes importantes a esos dos sitios nos decidieron a actuar. Y entonces montamos una vigilancia permanente sobre cada personaje que asistiera primero al Butterfly Club y luego al Lucky Star Motel. Algunos de ellos ya han ido varias veces.

—¿Qué hacen en el Lucky Star Motel?

—Nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada. Es decir, juegan al golf, al tenis, se bañan en las piscinas de aguas atemperadas, toman el sol, pasean por tierra firme o en lanchas por el mar, duermen… Nada.

—¿No se hablan entre ellos?

—Sí, sí… Se saludan, juegan a veces juntos al golf… Lo normal en personas que se conocen y se encuentran en un lugar tan agradable como ese motel. Hay muchas hermosas muchachas en ese motel… Oficialmente, son clientes, igual que nuestros propios personajes. No hay matrimonios, ni niños… Solamente hombres,

que van solos, y hermosas chicas que van solas. Con mucha frecuencia parece que nuestros personajes consiguen un… notable éxito con esas clientas del motel. Unas clientas muy curiosas: prácticamente son fijas. Están tres o cuatro semanas, se van, están fuera una semana o dos, y algunas vuelven y otras no.

—¿Las han seguido cuando salen del motel, cuando se van?

—Sí. Casi todas ellas hacen lo mismo: están unos días en Miami, o en Nueva York, o van a algún pueblecito donde son bien conocidas… Eso es todo. Después, algunas se van a otra ciudad, pero la mayoría vuelven al Lucky Star Motel. Ya le he dicho que, prácticamente, son clientes fijas. Si nos preguntásemos qué hacen esas hermosas muchachas en el motel, sólo se nos ocurriría una respuesta: nada. O, quizá, pensaríamos que están allí para solaz y deleite de los clientes masculinos… ¿Usted me entiende?

—Por supuesto —sonrió secamente Brigitte—. Imagino que cuando algunas de esas chicas se van, llegan otras.

—Así es —sonrió también secamente Cavanagh—. Lo cierto es que todos los hombres que van allí, siempre solos, jamás carecen de una muy agradable compañía femenina. E insisto en que no tienen la menor dificultad para… conquistar a esas bellas muchachas. Todas son muy amables y risueñas:

—¿Ha colocado a alguno de los nuestros en ese motel?

—Lo intentamos. Pero siempre está lleno.

—¿Es posible?

—Lo es. Y si no está lleno al menos eso dice la gerencia. Hemos llegado a la conclusión de que para ser admitido en ese motel a pasar unos días hay que disponer de una especie de invitación. Eso, a pesar de que el precio diario por la estancia es de quinientos dólares.

Baby quedó boquiabierta unos segundos.

—¡Quinientos dólares por día! —exclamó al fin—. ¿Están locos?

—El motel siempre está lleno.

—Qué barbaridad…

—No olvide que el motel dispone de una plantilla de clientes fijas muy hermosas —comentó irónicamente Cavanagh.

—¿Está diciéndome que aquello es una especie de… burdel?

—Bueno… No sé. ¿Cómo llamarlo burdel si todas las mujeres que hay allí son clientes? Clientas muy acogedoras, eso sí. Le

aseguro que si yo tuviera deseos de un flirt a tope, sólo tendría que ir a ese motel.

—Entiendo… Bueno, todo esto parece más bien una investigación adecuada para el FBI, no para nosotros.

—Quizá. Sin embargo, las actividades del FBI no excluyen las nuestras. Cada uno tenemos nuestro trabajo, y lo hacemos. Estamos muy intrigados, se lo aseguro. Cierto que muchísimos de los clientes que van al Lucky Star Motel son ciudadanos particulares, pero también van personajes oficiales, en gran cantidad, y llegando desde muy lejos. Y la pregunta es: ¿sólo van allí para divertirse con las… «clientas» del motel? Aparentemente, así es, y nos limitamos a mantener una vigilancia no poco atenta. Pero…

—¿Usted quiere que yo vaya a ese motel, a ver qué es lo que realmente pasa?

—Bien… Como ve, hasta ahora no le había dicho nada al respecto, a pesar de mi inquietud en ese extraño asunto. Hemos permanecido vigilantes, simplemente. Por supuesto, no íbamos a tener a Baby semanas y semanas vigilando un motel, ya que, usted lo sabe perfectamente, sólo la movilizamos cuando tenemos un asunto que requiere solución, no información. La información la consiguen agentes secundarios, se la pasamos a usted y le decimos: esto es lo que ocurre en tal sitio, de modo que vaya allí y soluciónelo. En cambio, nunca le decimos que se pase semanas vigilando algo. Sería una estupidez.

—Pero ahora me está pidiendo que vaya a un sitio donde no sucede nada.

—Tiene que estar sucediendo algo, Baby. No sé cómo podría convencerla, pero…

—No se moleste. Estoy ya convencida.

—¿De veras? —exclamó Cavanagh alegremente—. ¡Bien! ¿Qué le parece que puede estar pasando allí?

—Lo averiguaré. Espero ser pronto clienta de ese motel.

—No es fácil. Y aquí surge otra gran coincidencia: muchas de las damas que están como clientas en el motel antes fueron clientas del Butterfly Club, en Atlantic City. Chicas que aparecieron en el club nocturno, sonrientes y tal… Usted me entiende. Y aquí es donde interviene Floyd Russell, que va y viene entre el motel y el cabaret: es una especie de intermediario. Cuando la chica que aparece en el

cabaret es realmente hermosa, Floyd Russell charla con ella casualmente, se ríen un poco, toman unas copas… Un día o dos después esa hermosa chica llega con sus maletas al Lucky Star Motel.

—O sea, que el tal Russell las… recluta, por decirlo así.

—Eso parece. Pero sólo a las más bellas. Y le aseguro que tiene un gusto exquisito.

—Pronto dejará de tener incluso vida —dijo Brigitte.

—La comprendo a usted… Pero sé que sabrá esperar. Aquí, en la Central, tenemos la convicción de que está ocurriendo algo extraño en ese motel o en el club nocturno de Atlantic City. Ya ha visto que no la hemos molestado con este asunto tan lento y abstruso, pero, puesto que la casualidad le ha metido en él, hemos pensado… sacar partido de ello.

—No tengo nada que oponer… Es mi sino: incluso una cuestión personal deriva hacia el espionaje… Paciencia. Yo he… entendido que Peter Darrows fue cliente de ese motel, míster Cavanagh.

—Efectivamente. Varias veces.

—¿Y trabó… conocimiento con alguna de las «clientes»?

—Siempre con una diferente, a cuál más hermosa.

—Un maldito cerdo —susurró Brigitte—. Ciertamente, Lucy no era muy bonita, que digamos. Pero tenía dinero, mucho dinero… ¿Es Peter Darrows persona con fortuna propia?

—No. Vivía de su trabajo, hasta que se casó con la señorita Manley. Luego, claro, las cosas mejoraron notablemente para él.

—Sí… Claro. Y finalmente se queda viudo. Esto me…

—No es el único que se ha quedado viudo.

—¿Cómo dice? —Lo miró vivamente Brigitte.

—Hay tres más de nuestros personajes que se han quedado viudos en poco tiempo. En cuanto a los otros clientes del motel de profesiones privadas, también algunos se han quedado viudos; otros han perdido un competidor en los negocios, otros han perdido el socio de su compañía… Cosas así.

—Por Dios… —murmuró Brigitte—. ¿Se da cuenta de lo que sugiere todo esto?

—Naturalmente. Pero nosotros estamos en una posición estrictamente de espionaje. Es decir, de contraespionaje. Quizá nada de lo que está sucediendo tenga nada que ver con el espionaje,

pero… En fin, ya le he dicho que hay cierta inquietud en la CIA. Y, dadas las circunstancias, hemos pensado que usted podría dedicar un par de días a este asunto. Si, en definitiva, llega a la conclusión de que a la CIA no le interesa lo que sucede con nuestros personajes, mejor. Entonces, sólo le deseamos una feliz venganza, Baby. Si bien estamos seguros de que antes de eliminar al tal Floyd Russell se asegurará de que fue él quien asesinó a su amiga Lucy.

—Esperaré a que él mismo me lo diga… ¿Lo cree imposible?

—Ni mucho menos. En realidad, para usted todo esto va a ser un juego de niños. De todos modos, tenga cuidado.

—Por supuesto. Buenas noches, señor.

—Hasta la vista, Brigitte.

Poco después, Baby entraba en el coche donde la esperaba Frank Minello, que comenzó a refunfuñar inmediatamente:

—No es justo esto que hacéis conmigo. He ayudado a la CIA colaborando contigo en alguna ocasión, así que tenía derecho a escuchar lo que…

—Volvamos a casa, Frankie.

—¿A casa? ¿A Nueva York? —la decepción de Minello era muy grande—. Pero yo había pensado que podríamos…

—Primero vamos a casa, y por el camino te iré contando muy interesantes cosas. Luego, si me prometes ser obediente en todo, te permitiré disfrutar unos cuantos días de una muy dolce vita.

—¿Dolce vita? —exclamó Minello.

—¿Acaso no sabes lo que es? Conoces el italiano mejor que yo, ¿no es así? Y debes saber muy bien lo que significa dolce vita.

—Para mí la dolce vita, o dulce vida, quizá no tenga el mismo significado que para ti, amiguita —masculló Minello.

—¿Qué significado; tiene para ti?

—Bueno… La dolce vita es… formidable: vivir alegremente, con chicas bonitas, diversiones, sin trabajar, disfrutando de todo…

—En tal caso, estamos de acuerdo.

—¡Atiza! —exclamó Minello.

—Volvamos a casa.

Capítulo V

Floyd Russell estaba sentado en uno de los altos taburetes, ante la barra del Butterfly Club, saboreando lentamente su whisky y mirando, por medio del espejo que tenía enfrente, la concurrencia del local, con aire un tanto aburrido. Ciertamente, había mujeres hermosas allí, pero las que lo eran casi lo suficiente iban acompañadas, y eso era decisivo. Había un par que habían llegado solas y que seguramente conseguirían algo aquella noche, pero, por supuesto, no eran, dignas de su atención. Una de ellas, precisamente, la más bonita, estaba excesivamente llenita. La otra, cuya figura era casi aceptable, tenía el rostro menos bello. Lo de cada noche, en realidad. Muy pocas noches llegaba alguna chica qué valiera la pena. Luego, además, había que asegurarse con mucho tacto de sus… actividades. Nada de patinazos. En el club se divertía todo el mundo, pero era un lugar razonablemente serio, y, a fin de cuentas, ninguna mujer justificaba un posible escándalo. Un día u otro aparecería alguna digna de ser sondeada.

No había prisa, y además las órdenes eran severísimas: las chicas para el motel tenían que ser muy selectas. No sólo bonitas, sino elegantes, correctas, discretas… Y, ciertamente, Floyd Russell había encontrado muy pocas así; por no decir ninguna. La mayoría estaban muy bien, sí, pero les faltaba clase. De ésas había tan pocas que Russell se conformaba con encontrar una o dos al año.

Tomó de nuevo su highball, lo alzó hacia la boca, miró una vez más al espejo, distraídamente…, y el vaso casi escapó de su mano. Lo dejó precipitadamente sobre el mostrador y se volvió de cara a la entrada del club. Como se suele decir, los espejos no mienten. Aquella recién llegada era tal como la acababa de ver en el espejo, por consiguiente.

Atónito, se quedó mirándola, mientras el *maître* la conducía por entre las mesas. Ni un solo hombre dejó de mirarla, las mujeres

fruncieron el ceño y el trompetista de la orquesta emitió dos notas falsas al verla.

Era rubia como el oro, de piel dorada, grandiosos ojos verdes, estatura algo más que mediana, y tenía una figura que dejaba sin resuello a los hombres. Llevaba un vestido de noche corto, de color azul claro, escotadísimo, y un chal de vicuña. Sobre los zapatitos de altísimo tacón parecía una reina recorriendo un pasillo entre sus súbditos. El cabello, recogido en la nuca en un moño vertical, no impedía ver la esbelta delicadeza de su cuello; el chal, un poco caído, permitía ver en toda su belleza los perfectos hombros.

Fascinado, Floyd Russell estuvo mirándola mientras caminaba, convencido de que aquella muñequita absolutamente sensacional iba allí a reunirse con alguien. Ya hacía tiempo que se había convencido de que las mujeres como aquélla estaban acaparadas. No era fácil encontrar un angelito así en estado de libertad.

Sin embargo, el *maître* la llevó a una mesa donde no había nadie. Ella se sentó, sonrió de tal modo que su rostro pareció llenarse de luz, y murmuró unas palabras. El *maître* asintió con la cabeza y se alejó de allí, poco menos que tambaleándose. Su mirada se desvió hacia Russell, pero éste no la captó, porque sus ojos permanecían fijos en la dama, como si estuviese hipnotizado. Ella había dejado el bolsito sobre la mesa, se echó hacia atrás el chal y luego se quitó los guantes, mirando con dulce sonrisa a su alrededor. Casualmente, su mirada se cruzó con la de Russell, se detuvo allí un instante de más y siguió describiendo su semicírculo de examen, como valorando el lugar.

En verdad impresionado, Floyd Russell se volvió, bebió un sorbo de whisky y se miró al espejo. Instintivamente, se arregló la corbata de lazo y se pasó revista críticamente. Impecable… Sencillamente impecable, con su *smoking* sus seis pies y tres pulgadas de estatura, sus amplios hombros, su rostro atractivo y varonil…

En la pista apareció una atracción; una sugestiva pelirroja, que terminaría por quitarse toda su indumentaria. Floyd se lo sabía de memoria. Las luces se habían atenuado considerablemente, pero allá estaba la recién llegada, como brillando con luz propia, sola, encendiendo un cigarrillo… Un camarero llegó a su mesa, en la cual depositó un cubo con una botella de champaña, de la cual sirvió una copa a la nueva clienta del Butterfly Club. Mientras tanto, el

maître se acercó como casualmente a la parte del mostrador donde estaba Russell, y pidió algo al camarero de la barra…

—¿Está esperando a alguien? —murmuró Russell.

—No.

Eso fue todo. El *maître* se alejó, y Russell se volvió, para contemplar a la sugestiva pelirroja aparentemente, pero vueltos los ojos con disimulo hacia la rubia recién llegada. Cuando la pelirroja terminó su actuación, y ya hubo salido, desnudita, por el foro, volvieron a encenderse las luces, mientras el público aplaudía. Russell miró entonces directamente hacia la rubia, y sonrió muy discretamente cuando ella le miró. La rubia parpadeó, alzó su copa de champaña y, mientras bebía, mantuvo la mirada fija en Russell durante dos o tres segundos. Luego, volvió a mirar a su alrededor, con expresión curiosa…, hasta que tres minutos más tarde volvió a mirar hacia Russell, que de nuevo sonrió de aquel modo tan discreto. Esta vez los labios de la rubia parecieron estirarse en una ligerísima sonrisa, que brilló también en sus ojos, apartándolos en seguida de Russell.

Éste no esperó más. Bajó del taburete y se dirigió, lentamente, hacia la muchacha, que lo miró, pero volvió a dedicar su atención a los demás clientes del local. Cuando Russell se detuvo junto a ella, alzó la mirada y lo escrutó, como sorprendida, pero amablemente.

—Perdón… —musitó Russell—. ¿Me permite unas palabras, señorita?

—¿Qué desea? —Se oyó la dulcísima voz de ella.

—Hum… Le va a parecer una tontería… La he estado observando mientras bebía y… parece que le agrada el champaña. Me, explicaré mejor: ocurre, que a mí me gusta el champaña más que nada, pero tengo entendido que el que sirven en este club no es precisamente bueno…

La muchacha se sorprendió.

—Pues vaya a otro club, ¿no? —sugirió.

—Tenía una cita aquí con un amigo, pero ya no va a venir, y soy muy perezoso para buscar ahora otro local. Quizá me equivoque, pero tengo la impresión de que usted entiende de champaña… Ya le dije que iba a parecerle una tontería, pero, por favor, ¿es bueno el que está tomando?

Era una conversación estúpida, y Russell lo sabía. Pero así tenía

que empezar el contacto, para poder romperlo a la menor señal de incomodidad por parte de la elegida.

—Yo creo que sí es bueno —murmuró ella—. Francamente bueno, y casi está en su punto de frío. Puede usted beberlo con confianza.

—Gracias… Es muy amable, señorita. ¿Qué marca es?

—«Perignon» 55. También le gustará la cosecha del 57 y la del 58.

—Muchas gracias… Bueno, me habían dicho que…

—Quizá quien se lo dijo no sabe elegir el champaña.

—Oh, seguramente. Hum… ¿Está sola? ¿Espera a alguien?

—Sí. No.

—Bueno —rió Russell—. Yo, también estoy solo, y no espero a nadie, Quisiera corresponder a su amabilidad… ¿Me permite que esta botella corra por mi cuenta?

—Y ahora —sonrió ella, un tanto fríamente—, usted pedirá otra copa y se sentará aquí conmigo. ¿No es eso?

—No era ésa mi intención, no… Por favor, si la estoy molestando, me retiro inmediatamente. No quisiera parecerle…

Ahora llegaba el momento exacto, cuando dejaba de hablar, como turbado. Si ella continuaba mirándole fijamente y no contestaba, Floyd Russell sabía que tenía que marcharse y abandonar aquella presa.

—Parecerme…, ¿qué?

—Bien… No soy de esos tipos pesados, se lo aseguro.

—Eso parece —ella lo miró de arriba abajo, y de pronto sonrió amistosamente—. Además, una botella para mí sola es demasiado… No creo poder terminarla.

—Puedo ayudarla, si me lo permite.

Ella volvió a sonreír. Floyd Russell se sentó, hizo una seña al camarero de aquella mesa y se dio cuenta de que unas docenas de ojos masculinos estaban fijos en él con envidia.

—¿Viene usted por aquí con frecuencia? —se interesó amablemente.

—No. A decir verdad, no suelo frecuentar lugares como éste. Pero esta noche estaba preocupada, y decidí… dar una vuelta para distraerme.

—¿Preocupada? Bueno, espero que no tenga usted ningún

problema serio.

—Oh, no… Nada que no pueda ser resuelto con mil o dos mil dólares.

El camarero llegó con la copa, sirvió a Russell y éste, tras beber un sorbo, musitó:

—Mil dólares… Bueno, eso es un problema considerable.

—Sin duda, Pero siempre me las arreglo bien. No soy de las que sufren en exceso por el futuro. Ni siquiera por el presente.

—Es un buen modo de ver la vida —sonrió Russell—. He conocido chicas que se preocupaban por doscientos o trescientos dólares solamente.

—Yo también. Pero eso es una tontería. O bien ellas tienen gustos menos exquisitos que los míos. Todo es cuestión de sistema de vida. A mí me gusta lo mejor.

—Me parece razonable —casi rió Russell—. Y usted es muy simpática. Me gustaría ayudarla.

—¿De veras? —Abrió mucho los ojos la rubia.

—De veras. Pero hay un pequeño inconveniente: no llevo encima tanto dinero.

—¡Oh!

—Sin embargo… —Russell bebió otro sorbo de champaña—. Sin embargo, eso tiene fácil solución. Puedo acompañarla, si quiere. Pasamos por mi apartamento, recojo el dinero y asunto solucionado.

—¿Usted haría eso por mí? —exclamó ella.

—Sería un placer. Además, casi me atrevo a decir que mi champaña es mejor que éste.

—¿Mejor que el «Perignon»? ¡Oh, vamos, señor…!

—Russell. Floyd Russell. Si le parece que estoy fanfarroneando sobre mi champaña, sólo tiene que probarlo. Y puesto que es una entendida, su opinión me sacará de una vez por todas de mis dudas.

—Me gustaría ayudarle en eso —sonrió ella—. De algún modo debo corresponder a su generosidad, señor Russell…

—No tiene importancia… ¿Nos vamos ya?

—Oh, sí… Francamente no es el *strip-tease* lo que más me gusta de la vida. Podemos marcharnos cuando guste, señor Russell.

Floyd Russell cerró la puerta de su apartamento tras él, y se quedó mirando a la espléndida rubia, que miraba a su alrededor con

un gesto de aprobación, de auténtico agrado.

—Es un apartamento muy bonito —murmuró.

Russell se acercó a ella, la tomó por los hombros y la besó en la boca, de pronto; ella permaneció inmóvil. Sólo inmóvil, sin resistirse, pero sin corresponder. De todos modos, sus labios eran tan suaves y tiernos que Russell se estremeció. Cuando la apartó, ella se quedó mirándolo, en silencio, con una cierta expectación en sus bellos ojos.

—¿Cómo te llamas? —murmuró él.

—Nina.

—Nina…, ¿qué más?

—Nina Temple:… ¿Dónde tienes el champaña? Tengo sed.

Russell señaló hacia el interior del living, y ambos fueron hacia allí. Él señaló el sofá.

—Ponte cómoda. Vuelvo en seguida.

Fue a la cocina, de la que regresó muy pronto; con una botella de champaña y dos copas. Ella se había quitado el chal y estaba encendiendo un cigarrillo. Russell sirvió el champaña, le tendió una copa y estuvo mirándola con sonriente curiosidad mientras la preciosa rubia bebía.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Me gusta más el «Perignon» —aseguró ella—. Pero éste pasa muy bien, porque está más frío. ¿Me pones otra copa?

—Con gusto.

Le sirvió otra copa, y mientras ella bebía, él apartó un cuadro de la pared, dejando al descubierto una pequeña caja fuerte. La abrió, sacó unos cuantos billetes y, tras cerrar la caja, fue a sentarse junto a Nina Temple. Sin decir palabra, abrió el bolsito de ella, metió dentro el dinero y luego se quedó mirándola, sonriente.

—Bien —murmuró ella—. Parece que estamos en paz: tú me has solucionado el problema y yo te he dicho que tu champaña no es tan bueno como el «Perignon». ¿Estamos en paz?

—Más o menos —rió él—. ¿Te gustaría ganar doscientos cincuenta dólares diarios?

—¿Diarios? ¿Quieres decir cada día y todos los días?

—Sí. Con una semana de vacaciones de cada cuatro. Vacaciones pagadas, naturalmente.

—¿Estás bromeando?

—No. ¿Vives en Atlantic City?

—Ahora, sí. Llegué esta mañana. De Nueva York. Estoy en un hotel.

—¿Alguna vez has tenido líos con la policía?

—¿Cómo? —exclamó ella—. ¿Por quién me tomas? ¡Nunca he…!

—Calma, calma… No te pongas furiosa. Comprenderás que un empleo como el que te estoy ofreciendo tiene ciertas exigencias.

—Nunca he tenido nada que ver con la policía. ¿Qué empleo es ése?

—Solamente tienes que ir a un motel, alojarte allí como una clienta más… y ser absolutamente amable con los clientes. Ellos serían tu trabajo… ¿Me comprendes?

—Sí… ¿Qué más tendría que hacer?

—Nada más. Vivir allí como una reina, disfrutando de todo y asegurándote de que también los clientes disfruten de todo lo que quieran… De todo. Y sea el cliente que sea.

—Me parece que te has confundido conmigo, Floyd —sonrió ella despectivamente—. El día que quiera ingresar en un burdel no necesitaré que nadie me diga cómo o en cuál debo hacerlo.

—No lo has entendido, Nina. Sólo serás una clienta del motel. Un día trabajarás, otro no… A todos los efectos, sólo serás una chica más alojada en el motel, con derecho a divertirse si así lo desea, ¿comprendes? Cuando te canses, o no puedas trabajar, te vas de vacaciones unos días. Es sencillo, discreto y cómodo. Y son siete mil quinientos dólares al mes. No sé si me explico bien.

—Me parece que sí. Tú eres un…

—Un public relations —insinuó suavemente Russell.

—Sí —rió ella—. ¡Eso es!

—¿Te interesa? El ambiente es selecto, los clientes educados, la vida tranquila… En poco tiempo puedes reunir una bonita cantidad sin necesidad de ganarla cada noche en un sitio distinto.

—¿Y tú? —musitó ella—. ¿Te veré?

—Digamos que yo soy tu primer cliente —sonrió de nuevo Russell—. ¿Por qué preguntas si me verás?

—¿Estarás conmigo?

—Con frecuencia. ¿Por qué?

Ella se sirvió un poco más de champaña, y bebió un sorbito.

Cuando lo miró, Russell vio en los hermosos ojos, una tímida expresión de anhelo.

—Esto sí va a parecerte una tontería a ti —murmuró ella—. Pero me gustaste en cuanto te vi en aquel club. Es claro que fui allí en busca de unos dólares, pero… me sentí feliz cuando fuiste tú quien se acercó. Yo…, si quieres te devuelvo tu dinero… De ti no quiero recibirlo, Floyd.

—¿Me devolverías mil dólares? —susurró él.

Nina Temple sacó los billetes de su bolsito y los tiró a un rincón del sofá. Luego se acercó a Russell, le rodeó el cuello con los bracitos y lo besó en la boca. Esta vez, sí. Y Floyd Russell se sintió en el acto como hundido en un mundo azul y rosa, con olor a flores y a dulce, mientras la cabeza comenzaba a darle vueltas.

Y de pronto Nina se crispó, su boca se endureció, quedó rígida, crispada… Russell la apartó rápidamente.

—¿Qué te pasa? —jadeó.

—No sé… El estómago… Ay, Dios mío, qué… qué dolor…

Se apartó de él y se dobló sobre sí misma, gimiendo. Russell miró a todos lados, desconcertado, y, de pronto, su mirada quedó fija en la botella de champaña, tan fría…

—El champaña… —musitó, ayudando a enderezarse a Nina—. Está demasiado frío, y te ha sentado mal. No es nada…

—Estoy… muy mal… Me duele…

—Tranquilízate. No es nada —insistió Russell—. Te llevaré a la cama y podrás descansar bien.

La tomó en brazos, y ella, gimiendo, se aferró a su cuello.

—Floyd, lo… lo siento… ¡Oh! —Lanzó un gemido más fuerte—. ¡Oh, Dios mío, qué… qué dolor…!

Russell la llevó a su dormitorio y la dejó en la cama. No sabía qué hacer, mientras ella encogía las piernas, como queriendo comprimir su estómago. Se sentó en el borde de la cama y le pasó una mano por el rostro.

—Cálmate, Nina… No será nada… Él champaña estaba demasiado frío y debe haberte producido un poco de descomposición. Mañana estarás perfectamente.

—Floyd, no te vayas… ¡Oooohh…! —volvió a gemir.

Estuvo unos segundos crispada. Luego, de pronto, se relajó, cerró los ojos y quedó inmóvil. Floyd Russell le pasó una mano por

la frente y la encontró seca y fresca. El pulso latía normalmente. Se quedó mirándola unos segundos… Verdaderamente era algo absolutamente excepcional. Apartó la ropa de la cama, quitó el vestido de Nina y la colocó bien. Luego la tapó, con un gesto brusco, malhumorado. Pero no tenía por qué disgustarse. Verdaderamente habría tiempo para todo.

* * *

—¿Cómo estás?

Nina Temple acabó de abrir los ojos, miró desconcertada, sobresaltada también a su alrededor y, al ver el rostro de Russell, sonrió tranquila de pronto.

—Floyd…

—Ya es de día. ¿Estás bien?

—Sí… Creo que sí. ¿Qué ha pasado?

—Una cosa muy tonta —sonrió él—. Te sentó mal el champaña, que estaba demasiado frío. Así que te traje aquí y yo he dormido en el sofá. Cosas que pasan entre enamorados solamente, ¿no te parece?

—¿Qué hora es? —sonrió ella.

—Casi las nueve.

—Bien. En ese caso tengo que levantarme ya…

Apartó de un tirón las ropas de la cama, lanzó un gritito de sorpresa y volvió a taparse. En el sillón vio su vestido y entonces miró muy expresivamente a Russell, con cierto reproche en sus ojos.

—No, no, no… —rió él—. No seas mal pensada. No pasó nada. No es ése mi estilo, querida.

—Perdona… Siento haber pensado eso, Floyd. Yo… quisiera ir al baño.

—Me parece bien. Ahí lo tienes —señaló la puerta—. Me gustaría permanecer aquí contigo todo el día, pero ya avisé de que tenía una nueva clienta para el motel… y nos están esperando. Bueno, quiero decir que he supuesto que aceptarías el empleo.

—Si he de verte con frecuencia, sí.

—Todo está arreglado. Date una buena ducha, vístete y saldremos para allá cuanto antes. Supongo que te sientes bien.

—Sí, sí… Estaré lista en pocos minutos.

Capítulo VI

A la entrada del Lucky Star Motel había dos hombres, que se acercaron rápidamente al coche cuando éste se detuvo allí. Pero ni siquiera llegaron a hablar. Vieron a Russell, asintieron con la cabeza y se apartaron. El coche prosiguió la marcha, hacia el interior del motel. Había flores, bellos árboles, parterres muy bien cuidados, plátanos altísimos y eucaliptos gigantescos. Hacia la izquierda se veía una gran zona verde, y en ella las figuras de varios hombres jugando al golf. Había pequeños campos de *criquet*, pistas de tenis, piscinas. Al fondo, a la derecha, se veía la playa, con algunas pequeñas embarcaciones, blancas, rojas y azules. Delante, tras recorrer casi media milla, estaba la cabaña de la dirección, grande, amplia. En realidad, parecía una pequeña villa particular. A su alrededor, medio ocultas entre árboles, setos y macizos de flores, se veían las cabañas de alquiler…

—Floyd, qué lugar tan hermoso…

—Te gustará estar aquí —sonrió él—. La verdad es que pocas de nuestras amigas se van. A la mayoría, transcurrido un tiempo prudencial, debemos despedirlas. No conviene que una chica esté aquí demasiado tiempo.

—¿Por qué?

—En primer lugar, alguna persona ajena a nuestro grupo podría extrañarse si se diera cuenta de que las clientas estaban demasiado tiempo, y siempre las mismas. Luego, los clientes que vienen, que, lógicamente, gustan de la variedad… Tú me entiendes.

—Sí… Te entiendo. Eso quiere decir que yo también tendré que marcharme un día u otro.

—Hablaremos de eso en otra ocasión. De todos modos, piensa que cuando te marches puedes tener unos cien mil dólares limpios, y no pocos regalos, todos ellos valiosos.

—¿Y cuando tenga que marcharme dejaremos de vernos?

Floyd Russell le dirigió una rápida mirada de reojo.

—¡También de eso hablaremos en otro momento! A decir verdad, estoy arrepentido de haberte traído aquí, pero ya me comprometí. Habría preferido reservarte para mí.

—Podemos dar la vuelta y…

—No, no… —Palideció ligeramente Russell—. Ya no hay tiempo.

Llegaron ante la conserjería, que, en efecto, era una villa. El servicio de recepción estaba montado en el gran vestíbulo, donde se veían grandes macetas, sillones, mesitas bajas, varios sofás… Varios caballeros, plácidamente sentados al sol de la mañana, que entraba a raudales por las ventanas, vieron llegar a Nina Temple y por un instante se notó una cierta agitación. Dos muchachas muy bonitas, en minifalda y con jersey escotadísimos pasaban por allí, llevando Bandejas con café o jugos de tomate o frutas. En el largo y brillante mostrador de fina caoba había un hombre de edad avanzada y ojos maliciosos que miró con aprobación, y sobre todo con asombro, a Nina Temple.

—Hola, Dirk —saludó Russell—. ¿Quieres inscribirla? Supongo que llevas tu documentación, Nina.

—Claro. Lo recogí todo en el hotel, cuando fuimos allá…

—Pues inscríbete… Sólo firma. Dirk hará lo demás, mientras nosotros vamos a ver a Clothilde. Llevarán tus maletas a la cabaña… ¿Cuál vas a darle, Dirk?

—Treinta y cuatro.

—Vale. Ven, Nina.

Señaló la escalinata que ascendía. Subieron al primer piso, y Russell señaló una de las puertas, a la que llamó con los nudillos, quedamente. Una voz femenina autorizó la entrada, y Russell empujó la puerta, apartándose. Nina entró, y se quedó mirando a la mujer que ocupaba lánguidamente el sofá de aquel cuarto habilitado como despacho. Era tan joven como Nina, muy bonita, de cabellos castaños y grandes ojos oscuros, de expresión sumamente inteligente y vivaz. Estaba en *deshabillé*, evidentemente desayunando. Junto a ella, una mujer de edad madura, menuda, flaca y fea, de rostro triste, cabellos grises, boca sumida. Era tan insignificante que ni siquiera habría reparado en ella de no estar sirviendo café en aquel momento a la bella joven. Llevaba delantal

azul y cofia del mismo color, con escasa gracia, por cierto. Su presencia resultaba un tanto sorprendente, pues todo el personal femenino que Nina había visto hasta entonces era joven, bello y alegre.

—Hola, Clothilde —saludó Russell—. Es la nueva, Nina Temple.

Clothilde asintió con la cabeza, miró de arriba abajo a la recién llegada y aprobó con la cabeza.

—Fantástica —murmuró—. ¿Te has enterado bien de todo lo conveniente, Floyd?

—Desde luego. Nina, ella es Clothilde, la propietaria y directora del motel. Su voz es la que siempre suena en último lugar. Espero que lo entiendas.

—Creo que sí —musitó Nina.

Clothilde miró a la otra mujer, y movió la mano hacia una puerta que había a un lado del despacho.

—Retírate, Odile. Ya te llamaré si te necesito.

—Sí, señorita.

Odile salió, y Clothilde volvió a mirar con gran atención a la nueva clienta del motel. Sin mirar a Russell preguntó:

—¿La has puesto al corriente de sus obligaciones, Floyd?

—Claro.

—Es muy bonita… Mucho. Lo mejor que hemos, tenido jamás en este lugar, sin duda alguna.

—Me pidió mil o dos mil dólares en el club —sonrió Russell.

—Magnífico… Eso quiere decir que tiene categoría. Espero que esté usted a la altura de las circunstancias, Nina.

—No veo la dificultad —murmuró ella.

—De acuerdo. Bien venida al Lucky Star Motel. Puede ir ya a su cabaña… Y eso es todo. Espero que se divierta.

—Gracias.

—Me parece inútil insistir en que nuestros clientes tienen derecho a todo —recordó Clothilde—. Y no nos gustan las complicaciones. Ah, por cierto, hablando de complicaciones… ¿No me dijiste cuando me llamaste anoche que ella lleva una pistola en el bolso, Floyd?

—Así es —sonrió éste.

Nina lanzó una exclamación ahogada, y sujetó el bolso con más fuerza.

—Comprendo que a veces, las chicas como usted deben ir protegidas —sonrió Clothilde—. Sin embargo, en este lugar nadie lleva armas. No son necesarias absolutamente para nada. Le sugiero que me la entregue, Nina. Se la devolveré cuando salga de viaje o se marche definitivamente.

Nina vaciló, pero acabó entregando la pistola a Clothilde, que la examinó con evidente curiosidad.

—Bonito juguete —comentó—. Las cachas parecen de… de…:

—De madreperla. Y es un arma silenciosa. Muy útil.

Clothilde la miró vivamente.

—¿Dónde la consiguió?

—En Nueva Orleans, hace tiempo. Me la… regaló un hombre que me había invitado a cenar.

—¿Se la robó? —sonrió Clothilde.

—Bien… Digamos que me gustó el arma, y como él dormía al marcharme yo, la consideré… como una propina.

—De acuerdo. Yo la guardaré. Nada más. Odile irá dentro de unos minutos para explicarte cómo están montados los servicios en tu cabaña. Llévala allí y vuelve a verme, Floyd.

—Muy bien. Vamos, Nina.

Cuando ya hubieron salido de la villa-conserjería, Nina señaló hacia atrás, con expresión de desconcierto.

—Juraría que algunos de esos caballeros del vestíbulo estaban anoche en el club, Floyd…

—En efecto, estaban allí. Luego se vinieron aquí. Pasan dos o tres días, se marchan y vuelven semanas más tarde.

Nina se echó a reír, de pronto.

—Tengo un amigo que daría cualquier cosa por estar en un lugar como éste —exclamó—. Sólo que me temo que resultaría un poco caro para él. ¿Cuánto cuesta la estancia aquí?

—Quinientos dólares —sonrió Russell.

—¿Quinientos dó…? ¡Oh, vamos…!

—Ni un centavo menos. Pero aunque tu amigo consiguiera reunir esa cantidad, dudo mucho que pudiera ser admitido aquí. Para los desconocidos nunca hay cabañas libres, ¿comprendes? Por otra parte, no queremos aquí amigos personales de nuestras chicas. Espero que no hagas ninguna tontería, Nina.

—No, no, descuida… Fue un comentario. Empiezo a darme

cuenta de lo que es todo esto. Un lugar de recreo muy especial… ¿Cómo funciona? Viene un cliente, dice que ya es conocido, y le dejáis pasar…

—No exactamente, porqué a veces ni siquiera para los antiguos clientes hay sitio. Aunque procuramos arreglarlo siempre, claro. De todos modos, ellos ya saben que para evitarse fracasos; primero han de ir al club, a la ciudad, y preguntar al *maître* si hay vacantes aquí. Si las hay, se toma nota de sus nombres, se telefonea aquí y cuando llegan lo tienen todo dispuesto. Óptimo servicio.

—Pero si alguien no sabe este sistema no podrá venir aquí…

—Los que no saben nuestro sistema, ya no vienen aquí, querida. Todo el que quiere venir al motel debe, pasar antes por el club, decir su nombre o dar el del amigo que le ha recomendado, y esperar la noticia de si hay o no hay vacantes.

—O sea, que alguien que no conozca ya el lugar, o no tenga algún amigo que sea cliente, no puede venir aquí.

—Exactamente. Y espero que no lo olvides. Lo que sí tienes que olvidar a partir, de ahora mismo son las personas con las que te has estado relacionando hasta ahora. Bien… La treinta y cuatro. Aquí vas a vivir durante algún tiempo…

—¿Y tú?

—Oh, yo voy y vengo…

—Pero, Floyd, tú me has prometido que estarías cerca de mí.

—Cuando sea posible. Tengo muchas cosas que hacer, Nina. Y te advierto que Clothilde no admite tonterías. De todos modos, si una de mis visitas coincide con un día libre por tu parte, pues… Bien…

Nina Temple se volvió, abrazándose a Russell y besándolo fuertemente en la boca. Russell cerró de un taconazo la puerta de la cabaña y durante unos minutos se estuvieron besando…, hasta que ella se apartó, y señaló hacia la puerta, susurrando:

—Viene alguien.

Dos segundos después sonaba la llamada a la puerta. Floyd Russell abrió y sonrió hoscamente.

—Oh, Odile… Bien, encárgate de Nina. Yo voy a ver a Clothilde. Hasta luego, Nina.

Russell salió de la cabaña. Nina se arregló los cabellos y miró sonriente a Odile, que parecía la imagen viva del abatimiento o de la más enorme congoja.

—¿Qué es lo que tiene que decirme, Odile?

—Lo que usted no sepa… La cabaña está instalada a todo confort, y si hay algo que usted no entienda, como luces, la radio central, el baño, la calefacción, lo que sea, yo le diré cómo funciona.

—¿Tan complicado es?

—En absoluto. Pero algunas de las… clientas ni siquiera saben graduar el aire climatizado, ni pulsar el timbre para el servicio.

—Oh, espero arreglármelas bien, Odile. Por cierto, no he visto ningún camarero, y sí chicas que…

—No hay hombres en el servicio del motel. Sólo mujeres, para todo: cocina, limpieza, lavandería, dormitorios, bar… Esas son empleadas, que, salvo caprichos especiales de los clientes, se limitan a realizar trabajos auténticamente de servicios. El único hombre es Dirk.

—Entiendo.

—¿Quiere que la ayude en algo?

—No, no… Si necesito algo llamaré. Dígame una cosa: ¿no le parece que desentona usted con la edad de las demás empleadas?

—Sí. Pero yo no sirvo a los clientes normales. Soy la asistenta privada de Clothilde, y ella sólo me envía a ayudarlas a ustedes el día que llegan, para que se familiaricen con el lugar. Luego, nunca más podrán recurrir a mí. Lo cual no quiere decir que me niegue a ayudarlas en algo, si es necesario.

—Muy amable, Odile. Ya nos iremos viendo.

—Sí… Claro, nos iremos viendo. Adiós.

—Adiós, Odile.

Nina entró en el dormitorio, vio las dos maletas sobre la banqueta y las colocó sobre la cama. Las abrió, sacó de una de ellas el maletín rojo con florecillas y luego procedió a ir sacando su vestuario, que fue colocando en el armario, mientras iba mirando a su alrededor, examinando la habitación con gesto aprobativo: bonitos muebles nuevos, de línea moderna, delicada decoración, gran ventanal que permitía ver el mar… Lo único que miró dos veces, y sin darle importancia al parecer, fue el acondicionador de aire, colocado encima de la ventana. Pero no pareció extrañarse de que dos de los mandos tuvieran superficie de cristal, ni era probable que se le ocurriese que parecían los objetivos de una cámara

fotográfica o algo parecido…

—Es muy ordenada —comentó Russell, señalando la pantalla de televisión en la que se veía a Nina Temple ordenando su dormitorio —. No es corriente en una chica de esta clase.

Clothilde Cunning le dirigió una rápida mirada.

—¿De qué clase, Floyd? —murmuró, volviendo la mirada a la pantalla.

—No vas a negarme que es la mejor adquisición de mi vida, Clothilde. Nunca ha habido aquí una chica como Nina. A excepción de ti misma, por supuesto.

—Eres muy gentil —sonrió Clothilde—. Nina me gusta, pero tiene… eso que tú has dicho: clase. Demasiada.

—¿Demasiada? ¡Oh, vamos!

—Floyd: para el tiempo que llevas en tu especial trabajo no tienes todavía muy buena vista que digamos. Menos mal que en el otro trabajo eres mucho más certero y competente. Eso es lo tuyo, en realidad.

—Está bien —masculló Russell—. ¿Qué tienes que oponer a Nina Temple?

—Nada en absoluto. Lo único que se me ocurre es que esa chica no es demasiado lista. Podría estar viviendo como una reina, protegida por cualquier multimillonario. Y en lugar de eso viene, aquí, a ganar doscientos cincuenta dólares diarios.

—Quizá le guste más libertad que la que significa estar «protegida» por un multimillonario —sonrió Russell.

—Sí, quizá.

—Atención: va a cambiarse de ropa. Prepárate a ver algo sensacional.

Nina Temple había colocado unas prendas sobre la cama, y, en efecto, acto seguido comenzó a quitarse las que llevaba puestas. En el mismo momento, Odile entraba en el despacho de Clothilde. Se quedó detrás de Russell y la bella Clothilde, contemplando las imágenes en la pantalla del televisor que luego quedaría oculto en el interior de la consola. En silencio, los tres permanecieron contemplando el cambio de ropas de Nina Temple, que cambió absolutamente todas sus prendas. Cuando terminó y quedó ataviada con una cortísima falda y un delicioso jersey azul escotadísimo, Clothilde adelantó una mano hacia el televisor, que funcionaba en

circuito cerrado, y pulsó el botón que llevaba grabado el número treinta y cuatro. La imagen desapareció, y el televisor regresó a su escondite.

—Es muy hermosa —murmuró Odile.

—No he visto nunca nada igual —casi tartamudeó Russell.

—Los dos tenéis razón —aceptó Clothilde—. Pero ya veremos cómo se porta en su trabajo. Mis ropas, Odile: voy a bajar al sótano, a ver si tenemos algo allí. ¿Ha regresado Cock?

—No, que yo sepa.

—Mejor. Eso quiere decir que, como tú, hace las cosas con calma y bien. Puedes retirarte, Floyd. Regresa a Atlantic City. Cuando nos volvamos a ver, ya te diré qué tal se ha portado, o se está portando tu sensacional adquisición.

—¿No sería mejor que esperase, por si hay algo en el buzón?

—Si encuentro algo, ya te avisaré. Calma… Siempre calma.

—Está bien. Hasta luego… Adiós, Odile.

—Adiós, señor Russell.

Éste abandonó el despacho, y Clothilde, tras unos segundos de pensativo silencio, miró a Odile.

—¿Qué te ha parecido realmente esa Nina Temple?

—Tiene clase de verdad. No sé… Ya veremos cómo se desenvuelve.

Capítulo VII

No podía dudarse que Nina Temple se estaba desenvolviendo muy bien. Cuando llegó al vestíbulo del chalet de recepción, la atmósfera pareció cambiar, y las miradas de todos los hombres cayeron sobre ella, como puntas de lanza al rojo vivo. Ella se sentó en uno de los sillones, pidió jugo de naranja a una de las camareras, encendió un cigarrillo… y dos minutos después estaba rodeada de clientes, que sonreían embobados ante su graciosa simpatía…

—… Sin embargo, míster Phelps, le dije yo a aquel caballero, yo siempre tenía entendido que lo mejor para atraer tiburones es un buen bikini… Es claro, añadí, que los tiburones a que yo me estoy refiriendo no son los mismos que usted ha mencionado, sino que tienen dos piernas, brazos, orejas y se afeitan generalmente a diario.

Se habían acercado algunas de las clientas, que también rompieron a reír, coreando a los clientes masculinos. Se había formado en pocos minutos un alegre grupo de personas en vacaciones.

—¿Y qué dijo míster Phelps? —preguntó uno de los caballeros.

—Pues me contestó: «Señorita Temple, ya que usted está en bikini, y yo tengo complejo de tiburón…, ¿qué está usted esperando para pescarme?».

Las carcajadas doblaron en potencia ante el final de la anécdota. En aquel momento aparecía Clothilde, descendiendo la escalinata que llevaba al piso de arriba. Alzó las cejas, se dio cuenta de quién era la animadora del hasta entonces más bien alicaído grupo y acabó sonriendo con aprobación. Mientras todos seguían riendo sin reparar en ella, llegó al vestíbulo, lo cruzó en dirección adonde evidentemente debía estar la cocina y desapareció.

—Hoy hace un día espléndido —comentó uno de los clientes—. Prácticamente de rigurosa primavera. Podríamos ir a nadar un poco y a tomar el sol. ¿Le parece bien, Nina?

—Un momento, un momento —protestó un caballero de edad avanzada y blancos cabellos, que le daban un aspecto muy distinguido—. Hay que aclarar una cosa, caballeros: yo he sido el primero en acercarme a la señorita Temple. ¿O no?

Hubo unos murmullos disconformes, pero, en definitiva, tuvo que ser admitida esta verdad.

—Bien… —sonrió el caballero—. En tal caso, haremos lo que diga yo o lo que diga mi pareja en los festejos. ¿Le parece bien, señorita Temple?

—Pues sí, señor Longstaf… Pero tengo un juego que quizá les guste a todos ustedes…

Un hombre, precedido de una sirvienta del motel que portaba su maleta, apareció en la entrada del chalet. La chica miró a Dirk, que, desde el mostrador, asintió con la cabeza, y ella salió de nuevo. El hombre se acercó al mostrador y sacó un fajo de billetes, tras entregar una llave. Se iba.

—Bien, bien… —Se impacientó el señor Longstaf—. ¿Qué juego es ése?

—Podemos ir a dar un paseo con las lanchas, y llevarnos un buen tocadiscos a pilas. En una playa no muy profunda, para que el sol haya calentado ya el agua, todos nos pondremos a bailar en la proa de las lanchas… Y las tres primeras parejas en caer al agua pagarán esta noche un luau, al auténtico estilo hawaiano.

Las primeras en empezar a aplaudir fueron las clientas, entusiasmadas ante la idea de bailar al sol viendo caer a algunos de aquellos barrigudos caballeros. De éstos hubo dos que decidieron ir a jugar al golf y otros dos al tenis. Pero los demás se entusiasmaron verdaderamente con la idea. Todo el mundo se puso en movimiento, dispuestos a pasarlo en grande aquella mañana.

—Yo misma me encargaré del tocadiscos —sonrió Nina.

—¡Todos en la playa dentro de quince minutos! —gritó alguien.

Hubo una desbandada general, excepto por parte de Nina, que miraba con curiosidad al cliente que abandonaba el motel. No parecía de buen humor, y esto era fácil de comprender. Pero, además, miraba a todos lados un tanto furtivamente, como si estuviera haciendo algo indebido, o pensara hacerlo. Mientras ella se acercaba al mostrador, el cliente se alejó hacia la entrada del bar, mirando a todos lados, como queriendo asegurarse de que todos se

habían ido. Dirk estaba guardando el dinero recién cobrado en una caja fuerte empotrada, volviéndole la espalda. Nina se inclinó rápidamente hacia donde había ido el cliente, y por entre las grandes hojas de una palmera enana lo vio detenido, de cara a la pared; miró a todos lados, sacó de un bolsillo interior un sobre muy abultado y pareció colocarlo en la pared. Nina no podía verlo todo, de modo que se adelantó un poco más, a riesgo de ser vista por el cliente o por el conserje… Vio la caja metálica colgada en la pared y cómo el cliente metía dentro, por la ranura superior, el sobre abultado, apartándose de allí inmediatamente.

Nina se enderezó, y se volvió hacia Dirk cuando éste cerraba la caja. Cuando el conserje se volvió y el cliente apareció a plena vista, ella estaba de cara al mostrador, en actitud de espera.

—Dirk, por favor, ¿puede proporcionarme un tocadiscos a pilas o una cassette…?

—Cómo no, señorita Temple… Un momento, por favor… —Dirk sonrió ampliamente, y Nina se volvió, contemplando a su placer al cliente—. Espero que su estancia haya sido grata, señor Chalmers.

—Muy grata, Dirk, gracias.

—¿Volveremos a verlo pronto?

—Eso espero. Bien…, adiós. Buenos días, señorita.

—Buenos días —musitó Nina.

El señor Chalmers se alejó, y también lo hizo Dirk, en busca de algo que sirviera a los propósitos musicales de Nina, la cual se quedó mirando con irónica sonrisita la caja fuerte. Podría abrirla en menos de diez segundos, pero, ciertamente, aquél no era el momento. Se apartó del mostrador, caminando hacia el bar; se detuvo delante de aquella caja metálica. Era un buzón, amplio y sólido. Delante habían pegado un cartelito de plástico con letras en relieve, que decía: «Lucky Star Motel agradecerá cualquier sugerencia que nos ayude a mejorar el servicio para usted. Gracias».

Nina quedó pensativa, diciéndose que el señor Chalmers debía tener muchas sugerencias que hacer, ya que había metido en el buzón un sobre tan abultado… Se apartó rápidamente del buzón, volviéndole la espalda, para mirar por el ventanal hacia el mar. Efectivamente, su finísimo oído no la había engañado… Fue Clothilde quien apareció junto a ella. Se volvió y sonrió.

—¿La han dejado sola? —Frunció el ceño Clothilde.

—No, no… Vamos a reunimos todos en la playa. Se me ha ocurrido un juego muy… divertido, pero necesito música, y Dirk ha ido a buscarme algo que suene.

—Ah, muy bien… Espero que se diviertan todos mucho.

—Lo intentaremos.

Clothilde sonrió levemente. Sacó una llavecita, abrió el buzón y retiró… solamente dos finos papeles, doblados en cuatro. Nina parpadeó. ¿Dónde estaba el sobre abultado del señor Chalmers? Ella había visto perfectamente cómo lo depositaba en aquel buzón… Y tenía muy buena vista. Atónita, vio cómo Clothilde cerraba de nuevo el buzón, sin que el sobre abultado hubiera aparecido.

Por fin consiguió sonreír, y señaló los papeles que tenía, Clothilde en la mano.

—¿Alguna sugerencia interesante? —sonrió.

—Lo dudo. Pero a veces los clientes tienen pequeños caprichos que no cuesta nada satisfacer: Hasta luego, Nina.

—Hasta luego… Oh, quizá deba decirle que está noche tendremos un luau hawaiano.

—¿De veras? —se asombró alegremente Clothilde—. ¿Ha sido idea suya?

—Sí… Espero no haber cometido una tontería.

—Por el contrario. Me ocuparé de eso. Adiós.

—*Ciao*! —sonrió Nina.

Regresó ante el mostrador. Dirk apareció pronto, y le entregó un estupendo tocadiscos portátil, sonriendo.

—Lo que me gustaría estar allí —sonrió.

—Sí… Va a ser muy divertido.

Media hora más tarde, en una diminuta playa de aguas poco profundas, casi dos docenas de parejas bailaban al loco ritmo musical, sobre la cubierta de proa de las lanchas, no precisamente amplia y, mucho menos, estable. Las carcajadas sonaban más fuertes que la propia música, y todavía aumentaron de tono cuando el primer caballero, gritando y manoteando, empezó a caer hacia las frescas aguas atlánticas. ¡Qué bien se pasa en la dolce vita…!

* * *

Por la noche, el luau resultó perfecto. Se dispuso una mesa baja y

larga en la piscina, adornada con hojas de palma a falta de las de cocotero, y los comensales ocuparon sus lugares, por parejas, sentándose sobre el césped, con las piernas cruzadas. Todos llevaban camisas de colorines y collares de flores al cuello. Las clientas, pese al considerable fresco de la noche, iban con corpiños y faldellines de paja, aunque algunas tuvieron el buen sentido de colocar jerseys en el suelo, junto a ellas, para cuando el fresco fuese ya excesivo. Llevaban flores en la cabeza y en forma de collares. A conveniente distancia de la mesa se había colocado una orquesta compuesta por tres chicas, dos de ellas con ukelele y la otra con un gran contrabajo. En aquellos momentos tocaban «Pineapples», «White Sand and Coconuts», y poco antes habían interpretado «Hawaiian Promenade». La mesa estaba llena de flores y frutas: piñas, pomelos, bananas… Lo que no había podido conseguirse, de modo tan precipitado, era precisamente lo más típico: flores de hibisco, la flor nacional de Hawai. Pero, con buen humor, todo estaba bien. La cena era quizá excesiva. Se servía Puaa Kalua, Lomi Lomi Salmón, Moa Luau, Halakabiki, Luawela y cócteles y jugos de frutas…

—Espero volver dentro de un par de semanas —decía el señor Longstaf, que se consideraba poco menos que propietario de Nina —. ¿La encontraré aquí?

—Es posible, señor Longstaf —sonrió ella—. El lugar me gusta y no tengo sitio mejor adonde ir, por ahora.

—Me gustaría volver a verla.

—¡Pero si me está viendo ahora…!

—Sí… Es cierto. Pero no a mi gusto: hay demasiada gente.

—Oh… Entiendo. Me pregunto si es usted demasiado impaciente, señor Longstaf.

—Sé esperar, si pregunta eso.

—Magnífico… En tal caso, quizá cuando la fiesta termine le gustaría tomar una copa de champaña conmigo.

—Me encantaría —brillaron los ojos del maduro personaje.

—Cabaña treinta y cuatro —sonrió Nina—. Pero ahora…, ¡que siga la diversión! ¡Esto se está poniendo muy aburrido! —Se puso en pie y se acercó a la reducida orquesta, encantadora con su faldellín, su corpiño de paja y los collares de flores—. Chicas, ¿conocen Hawaiian Moon?

Las jovencitas sonrieron y comenzaron a tocar la música pedida, a cuyos acordes Nina Temple comenzó a bailar. Por un instante, todos quedaron estupefactos, pero cuando emprendió el vertiginoso ritmo con las caderas comenzaron a aplaudir y a tirar piñas y bananas y flores al aire. A los pocos segundos todos habían olvidado la cena, ya muy avanzada, y bailaban alegremente más o menos a estilo hawaiano. Hacían lo que podían por divertirse. Una de las «clientas» se quitó de pronto el corpiño de paja y la fiesta comenzó a entrar en verdadera animación…

* * *

—¿Otra copita? —sonrió Nina.

—No, ya no más… —tartajeó el señor Longstaf—. Ahora vamos a dedicarnos… a otra cosa… más divertida…

—Por supuesto que sí, querido… Inmediatamente. Pero antes sé bueno conmigo y tomemos otra copita, ¿sí? —Le dio un besito en la punta de la nariz, riendo, y se apartó cuando Longstaf adelantó las manos hacia el corpiño, riendo aún más—. ¡La última copa del día!

—Yo… yo… yo… yo… no quiero… beber más…

—Oh, vamos, queridín… ¡La última copita de rico champaña!

Se apartó de él, dejándolo sentado en la cama y fue a la mesita donde estaba el cubo con el champaña. Sirvió media pulgada en una copa y llenó completamente la otra, que fue la que entregó a Longstaf. Tuvo que sujetarle la mano, pues el dorado líquido empezó a salpicar…

—¡Todo de un trago! —rió Nina—. ¡La última copa!

Bebió su escasísima ración y ayudó a Longstaf a beber el contenido de la llena copa. Luego le quitó ésta de las manos y volvió a sentarse junto a él, acariciándole la papada, muy risueña.

—¿A qué otra cosa más divertida quiere dedicarse mi cariñín? A ver si puedo adivinarlo. A ver, a ver…

Le rodeó el cuello con los bracitos y comenzó a darle menudos besos en las mejillas y en el cuello. Longstaf lanzó un resoplido.

—Eres muy malo —lo amenazó Nina, con un dedito—. Muy, muy, muy malísimo, ¿te enteras? Pero no me voy a enfadar contigo, porque me resultas muy simpático. Muy, muy, muy simpatiquísimo…

Volvió a abrazarlo y a darle más besitos menudos, insignificantes. Longstaf resoplaba fuertemente y parecía ahogarse en tan dulces brazos. Ella lo empujó hacia atrás, tendiéndolo, sonriendo secamente cuando Longstaf lanzó un sonoro eructo. Un instante después el maduro practicante de la dolce vita estaba completamente dormido como un calvo, blancuzco, rozagante, gordo cerdo.

Nina se lo quedó mirando unos segundos, impávida. Luego se acercó más a Longstaf, que roncaba sonoramente, y le hizo burla, sacando la lengua y agitando los deditos de una mano tras apoyar el pulgar en la punta de su naricilla.

* * *

Riendo, Clothilde Cunning apretó el botón marcado con el número treinta y cuatro, y se volvió hacia Odile.

—¡Es formidable! —exclamó—. Cuando despierte mañana de su borrachera, el viejo Longstaf estará convencido de que ha pasado una felicísima noche con la más bella chica de la fiesta.

—Es muy astuta —sonrió desganadamente Odile—. Demasiado.

—Oh, vamos. Odile… Estoy segura de que Nina no habría hecho esto si su pareja hubiera sido uno de los apuestos clientes que tuvieron que resignarse a esperar su turno… El viejo Longstaf es un cerdo, hay que admitirlo… Yo habría hecho lo mismo que Nina —se echó a reír—. ¡Aunque debo admitir que ella lo ha hecho con auténtica gracia! Mañana, Longstaf estará convencido de que todo ocurrió. No lo recordará, pero estará convencido. En fin, veamos qué está pasando en la cabaña diecinueve. El personaje es de los más interesantes…

Capítulo VIII

Ya no se oía absolutamente nada, a excepción de los espantosos ronquidos de Longstaf. Tendida junto a él en la cama, pero manteniéndose apartada, Nina Temple alzó su bracito izquierdo y, en el diminuto reloj de esfera luminosa, vio la hora, las tres de la madrugada.

Sin encender la luz se sentó en la cama. Estuvo así unos segundos, hasta que, disgustada, se volvió, dio un empujón a Longstaf y éste dejó de roncar. Entonces Nina se quitó la camisita, quedando completamente desnuda. Fue al armario, sacó un jersey oscuro y unos *shorts* listados en rojo y azul, y que, por consiguiente, también tendrían poco reflejo en la oscuridad, y cambió las zapatillas de visón por otras mucho más delgadas, ligeras, silenciosas. Recogió su maletín rojo con florecillas azules, fue al baño, abrió la ventana y saltó al exterior, estremeciéndose, pues la noche era ya demasiado fresca.

Poco después, tras haberse deslizado en la oscuridad con el sigilo e invisibilidad de una gatita, abría con una ganzúa la puerta de atrás del chalet de recepción. Entró, dejó ajustada la puerta y miró hacia el fondo del pasillo, donde se veía luz. A los lados del pasillo había varias puertas, que sabía ya que pertenecían a cuartos destinados a servicios: comestibles, bebidas, artículos deportivos, juegos diversos… Una de las puertas daba a la cocina. La otra, a la lavandería, que estaba en el sótano.

Pero, de momento, lo que le interesaba era el buzón para las sugerencias de los clientes. Llegó cerca del mostrador, en el cual vio el timbre de llamada, con un cartelito: «Llamen, por favor». La luz del comptoir se esparcía suavemente por el vestíbulo, no iluminado, sino tan sólo disipando las tinieblas. Dirk debía estar durmiendo cerca de allí, sabiendo que si alguien llegaba y lo necesitaba sólo tenía que pulsar el timbre.

Se deslizó hacia el buzón, y lo abrió en menos de cinco segundos, con una fina aguja de acero. Al bajar la tapa de cierre oyó un ligero ruidito metálico. Palpó con los deditos, hasta encontrar el pequeño truco: había dos partes en aquel buzón. Si se introducía un papel normal o un sobre delgado, iba a la otra parte. Pero en ninguna de las dos partes había visto ella aquella mañana el sobre abultado del señor Chalmers… En seguida supo por qué, al apretar con un dedito el fondo de aquella parte del buzón que cedió: hacía falta muy poco peso para que aquella tapa se abriera hacia abajo…, dejando ver un diminuto túnel horizontal y alargado.

Visto aquello, la señorita Temple abandonó inmediatamente sus intenciones de abrir también la caja fuerte que había visto manipular por la mañana a Dirk. En la caja no podía haber nada digno de interés; para ella, al menos. Pero sí en aquel buzón.

Abrió el maletín, sacó un diminuto objeto metálico y lo dejó caer por el estrecho túnel. En el silencio, durante un par de segundos, oyó el deslizarse de aquel objeto. Luego, nada. Cerró el buzón, asegurándose de que lo dejaba como lo había encontrado, y regresó hacia el pasillo. Allí sacó del maletín el pequeño aparato de radio a transistores, apretó un botón lateral y, en lugar de oírse cualquier posible emisión de madrugada, el dial circular giró, señalando la flecha de posición hacia su derecha, mientras del aparato brotaba un suavísimo bip-bip-bip-bip-bip… Fue caminando por el pasillo, hasta detenerse ante la puerta de la lavandería, hacia la cual señalaba directamente la flecha del dial.

También aquella puerta estaba cerrada, pero no tuvo la menor dificultad en abrirla. Bajó al gran sótano donde estaba instalada la lavandería, con grandes máquinas automáticas. Un delgadísimo rayo de luz apareció en su mano, apuntando al dial, cuya flecha señalaba directamente a una de las grandes lavadoras automáticas. Nina Temple apagó la pequeña linterna, subió las escaleras, cerró bien la puerta y dio la luz. Luego se dirigió hacia la gran lavadora, y se quedó mirándola, con la boquita apretada en un gesto de determinación. Abrió la circular compuerta de cristal y miró dentro del bombo giratorio perforado. Parecía una máquina normal y corriente… Sólo que… aquel bombo giratorio donde se ponía la ropa parecía… demasiado pequeño. Fue a otra lavadora, abrió la compuerta y examinó el bombo, que era, en efecto, de dimensión

doble. Volvió junto a la primera, pero pasando a la parte de atrás, donde estaban las tuberías para la entrada y salida del agua utilizada, empotradas en la pared, y penetrando en la máquina, de modo que ésta no podía ser movida…

Tardó casi diez minutos en encontrar el truco. Las tuercas de fijación de las tuberías a la máquina estaban tan fuertemente encajadas que no pudo moverlas de ninguna manera. Entonces las movió hacia arriba, ya como último recurso desesperado…, y las tuercas ascendieron por la tubería. Hizo lo mismo con las de la otra, de modo que la máquina quedó suelta. La empujó, desplazándola sobre su plataforma con ruedas, y la hizo girar, quedando frente a la parte de atrás del aparato, que estuvo palpando hasta que, al apretar uno de los tornillos, se oyó un suave chasquido, y toda la chapa se desplazó velozmente hacia la izquierda.

Lo primero que vio fue el pequeño aparato emisor que ella había dejado caer por el túnel del buzón y que se apresuró a recoger de la inclinada bandeja metálica donde había ido a parar. Luego vio los delgados tubos de hierro pintados de blanco, que parecían formar parte del mecanismo de la lavadora, pero que, al ser desplazados hacia un lado, salieron de sus guías. La parte inferior estaba tan libre como la superior, al parecer, pero, más adentro había una circular tapa metálica, como quedó demostrado cuando miró hacia la luz a través de uno de los tubos. Sacó del maletín su cepillo para el cabello, apretó adecuadamente el mango y apareció el agudo estilete, que introdujo por un extremo del tubo, apretando suavemente… Por la otra parte comenzó a salir lo que parecía otro tubo metido dentro del primero. Pero este tubo era incompleto, abierto de arriba abajo por un trazo de un cuarto de pulgada de ancho. Y allí, en diminutas celdillas, perfectamente colocados, cientos de pequeños microfilmes bien enrollados. Dejó el tubo en el suelo y, con unas pinzas extraídas de su fabuloso maletín, sacó uno de los microfilmes, que dejó cuidadosamente en el suelo.

Y de nuevo recurrió a su maletín, del cual sacó ahora los pequeños gemelos de teatro…, que segundos después eran utilizados cómo visor, tras haber colocado el delgadísimo microfilme por la ranura especial. Nina se volvió entonces hacia la luz y apretó un poco más el microfilme, colocando en cristal óptico la primera imagen… Tuvo que morderse los labios para no lanzar

una exclamación. Acabó de pasar el microfilme e hizo lo mismo con cuatro o cinco más. En uno de ellos reconoció a uno de los personajes que míster Cavanagh le había mostrado en fotografía en su despacho de la Central. En otro microfilme, junto al rostro del cliente del motel, en primer plano, se veía el rostro de una mujer, cruzado de esquina a esquina de la fotografía por rayas que formaban una X.

Ya no necesitaba ver más.

Lo dejó todo como lo había encontrado, aunque pensando que quizá habría sido mejor llevarse todos los microfilmes de los tubos… En total, debía haber no menos de dos mil diminutas películas. Y todas ellas, tomadas en la playa, en los dormitorios o bajo los árboles que rodeaban el campo de golf, habrían hecho sonrojar a cualquier persona pillada de improviso.

Ya todo en su sitio, subió las escaleras, apagó la luz, abrió la puerta y salió rápidamente al pasillo…

Demasiado rápidamente, en contra de su costumbre de atisbar antes con su prudencia y cautela.

Al mismo tiempo que la luz de la cocina, cuya puerta estaba abierta ahora, le daba de lleno, veía, al fondo del pasillo, la puerta de atrás abierta completamente, y, al fondo, en el jardín, un auto grande. Pero, también al mismo tiempo, un hombre alto, ancho de hombros, de largos cabellos y ademanes poderosos, salía de la cocina, mordiendo un bocadillo, oculto su rostro al recibir la luz por detrás.

El hombre se detuvo en seco, lanzando una exclamación que quedó ahogada por la porción de bocadillo que acababa de morder. Sin transición, dejó caer el bocadillo, se llevó la mano derecha al sobaco izquierdo… y Nina Temple saltó hacia él, con la mano derecha alzada. El hombre tenía la pistola a medio sacar cuando aquella manita, de pronto dura y fuerte como el filo de un hacha, le acertó de lleno en la garganta, horizontalmente… Fue un impacto sordo, tremendo. El hombre saltó hacia atrás, escupiendo violentamente la porción de bocadillo. Chocó contra el quicio de la puerta, rebotó cayendo de rodillas y, cuando se abalanzó hacia adelante para caer de bruces, pareció que la cabeza quedaba atrás, por un instante, mostrando el rostro crispado, los ojos desmesuradamente abiertos. Sólo un instante, como una visión

relámpago. Luego quedó tendido de bruces.

Y eso fue todo.

Nina Temple recogió rápidamente la porción de bocadillo escupido por el hombre, así como todo el bocadillo. Lo metió todo en un bolsillo de la chaqueta del desconocido, apagó la luz de la cocina y asió una mano del hombre, tirando de él hacia la puerta. Una vez fuera, la cerró y miró hacia el coche. Arrastró al hombre hasta allí, lo metió dentro, en el asiento de atrás y, por fin, jadeando, se colocó ante el volante. De un manotazo se quitó las finas gotitas de sudor de la frente, examinó los mandos, suspiró profundamente al ver las llaves puestas y dio al encendido. El motor del coche rugió suavemente al ser puesto en marcha… Y aún se oyó menos cuando Nina, poniendo directamente la última marcha, se alejó del chalet, girando por el camino de tierra que utilizaban las camionetas de abastecimiento al motel, siempre sin encender ninguna luz. El poderoso motor apenas producía un zumbido que sólo ella podía oír.

Recordó de pronto que al llegar había visto a dos hombres en la puerta. En el asiento de al lado estaba el sombrero del hombre que llevaba atrás, aún no se sabía si muerto o vivo. Se lo puso, reduciendo al mínimo la velocidad de la marcha y metiéndose a manotazos el cabello bajo el sombrero. Entonces encendió las luces de posición del coche y aumentó la velocidad. Finalmente encendió los faros…, justo a tiempo de ver, junto a la entrada al motel, a un hombre, junto a la pequeña cabina donde debía pasar su turno. El hombre no parecía tener la menor intención de obstruir el camino; se limitaba a mirar el coche, con los ojos entornados, pues la luz de los faros le daba de lleno… Por fin, a considerable velocidad, Nina Temple pasó junto al hombre, saliendo del motel, dejando tras ella el iluminado letrero que decía: «No Vacancy».

Diez minutos más tarde detenía el auto fuera de la carretera, cerca de una cabina telefónica, hacia la cual corrió. Se metió dentro, hizo una llamada y volvió al coche. Lo apartó aún más de la carretera, pasó al asiento de atrás y se dedicó a examinar al hombre…, que estaba muerto. No era de extrañar, pues el golpe había sido dado pensando en la supervivencia, ya que el hombre iba a sacar una pistola…, que estaba allí, en la funda axilar, a punto de caer. Con una uña, Nina la volvió a encajar en la funda. Luego sacó

la billetera del hombre y la examinó a la luz interior del coche. Se llamaba James Cock, y no parecía que fuese dinero lo que le faltaba… Tanteando la billetera encontró un doble fondo muy simple, y de él sacó una fotografía. Era de mujer… Debía tener unos cincuenta años, tenía un rostro muy agradable, y sonreía dulcemente… La fotografía estaba marcada con una X que llegaba de una esquina a otra.

Le dio la vuelta, con la esperanza de ver el nombre de aquella mujer. Pero no. Sólo había una dirección: 2182, Alberson Avenue, Hartford, Connecticut… Y una cifra: 25.000 dólares.

Un coche estaba llegando. Se detuvo junto a la cabina de teléfono y sus faros lanzaron una señal convenida. Nina pasó al asiento delantero y respondió con los faros. El otro coche se metió por entre los árboles, se detuvo al fin; todas las luces quedaron apagadas, y segundos después el atlético Frank Minello se sentaba junto a Nina Temple, en el asiento del coche del tal James Cock.

—Por el amor de Dios… —Casi gritó Minello—. ¡He estado todo el día esperando tu llamada! ¡Creí que te había pasado algo; llamé a ese maldito míster Cavanagh…!

—Y él debió decirte que te tranquilizaras. No he podido llamarte, Frankie. He estado todo el día acompañada, y en mi cabaña, en el dormitorio, hay una cámara de televisión camuflada en el acondicionador de aire. Por tanto, no me sorprendería que también me oyeran. Además, no tenía nada que decirte…, todavía.

—Está bien… ¿Y ahora?

—Lo primero que harás será llevarte el cadáver…

—¿Qué cadáver? —Respingó Minello.

—Ése —señaló la rubia Nina hacia, atrás—. Se llama…

—¡No me digas cómo se llama! ¡Floyd Russell!

—James Cock es su nombre, y haz el favor de dejarme hablar. Dejarás tu coche aquí, te llevarás el cadáver en este mismo auto y lo entregarás en la Central. Tienes que llegar allí antes de que amanezca. Ya volverás a por tu coche. ¿Lo entiendes?

—¿Crees que soy tonto?

—Un poco, Frankie, querido. Por eso quiero que escuches con mucha atención todo lo que voy a decirte…

Quince minutos más tarde, Minello estaba al corriente de las instrucciones de Nina Temple, que ella expuso con una

meticulosidad y detalle que requerían un retrasado mental para no entenderlas.

—¿De acuerdo en todo?

—Claro. Lo que no comprendo es para qué quieres veinticinco mil dólares y una fotograf…

—Ya lo sabrás. Ah, Frankie, vas a llevarte algunas cosas de mi maletín. No sé si me lo han registrado ya. Creo que no, pero según con qué gente te las estás viendo, nunca puedes estar segura. Y no quiero comprometerte más, por ahora. Te estaré esperando… ¿De verdad vas a recordarlo todo?

—¡Demonios, que sí…! Oye, ¿cómo te va la dolce vita?

—Estupendamente —rió Nina—. Hoy me he divertido muchísimo. Hemos bailado encima de unas lanchas; algunos caballeros han caído al agua; por la tarde he jugado al tenis; hemos bailado… en tierra firme, luego hemos disfrutado de un estupendo luau… Y para terminar la fiesta te diré que tengo a un caballero esperándome en mi cama.

—¿Có… Có… cómo…? —tartamudeó Minello, palideciendo.

—¿Tienes celos?

—¡Celos! —aulló Frank—. ¡Eres la más cruel y perversa de…!

—Basta, basta… —volvió a reír ella—. Te diré que el caballero tiene cerca de sesenta años, es gordo, calvo y feo…, y que lo emborraché como a un cerdo con champaña. Cuando mañana despierte, lo convenceré de que es todo un bizarro ejemplar masculino, y ya está.

—Bien… Me alegra saber que sigues conservándote virgen para mí… ¿O no?

—Más o menos —rió aún más fuerte Nina.

—¿Cómo, más o menos…? ¡No pierdo la esperanza de…!

—¿Quieres marcharte de una vez? Tengo que volver junto a mi fogoso galán, deslizarme hasta mi cabaña sin que nadie me vea y dormirme. Con suerte espero descansar unas tres o cuatro horas. Más que suficiente para una jornada. ¡La dolce vita es agotadora! Anda, márchate.

—¿Sin un besito siquiera? —protestó Minello.

—Te daré tres, pues soy muy generosa;…

Lo besó en ambas mejillas, y luego, cariñosamente, con brevedad, en los labios. Salió del coche justo a tiempo de impedir

que Minello la atrapase entre sus brazos.
—Adiós, Frankie.
—¿Sabes una cosa? —refunfuñó él—. De rubia no me gustas nada. Pero nada, nada, nada… Lo que se dice nada, vamos.
—Pues no todos opinan así, querido. *Ciao*!
—¡Oye, que no me has preguntado por mis gestiones periodísticas acerca de la negra voluminosa!
—Ya no necesito tus informes sobre eso, Frankie.
—¿Ah, no? ¿Por qué?
Nina Temple se tocó la frente con un dedito.
—Lo he ido sabiendo pensando cosas. Pero no quiero decepcionarte… ¿Qué pasó?
—Cuando fui a casa de tu amiga, el marido no estaba, claro, tal como me indicaste. Le dije a la negra voluminosa que era periodista y que quería saber algo sobre lo sucedido. Primero dijo que no tenía nada que decir, pero le resulté simpático y…
—Asombroso.
—Muy graciosa. Bueno, estuvimos charlando un buen rato. Esa negra llevaba con tu amiga casi seis años, y te aseguro que la quería muchísimo…
—Al grano, Frankie: tengo prisa.
—Bien. Pues sí, tenías razón. Los Darrows no se llevaban demasiado bien. Connie…, la negra, quiero decir, asegura que el tal Peter Darrows es de lo más golfo, hablando claro. Lucille Manley le reprochó más de una vez que sólo se había casado con ella por el dinero, y él se reía, preguntándole que si había esperado otra cosa… ¿Te ocurre algo?
—No —entornó los ojos Nina—. Sigue.
—Parece que el guapo mozo se dedicaba a gastar dinero en abundancia. Dinero de ella, claro; Ella siempre decía que no le iba a dar más, pero en cuanto él le daba un par de besitos, la dejaba como tonta, y a empezar de nuevo.
—Entiendo —dijo secamente Nina—. Y adivino el resto.
—Lo que no adivinarías nunca es la cantidad última que el fulano ese consiguió sacarle a tu amiga.
—Pues algo más de veinticinco mil dólares, ¿no?
Minello lanzó un alarido de rabia.
—¡Maldita sea mi estampa! ¿Cómo sabes eso? Fueron treinta mil

dólares exactamente. No se andaba con migajas el sinvergüenza.

—Lucy tenía mucho dinero. Podía permitirse… la adquisición de un marido así de caro, Frankie. Contra eso, yo no tendría nada que oponer, si él hubiera… cumplido afablemente al menos su parte del contrato matrimonial. Lucy merecía ser feliz.

—Todos merecemos ser felices, ¿no?

—Sí. Pero la mayoría de la gente sabemos buscar nuestra felicidad de un modo u otro; Lucy, no. A ella había que darle su parte de felicidad, porque la esperaba de los demás. Y la engañaron miserablemente. Pero en esta vida, en este asqueroso mundo, todo tiene siempre un precio… Adiós, Frankie.

Capítulo IX

Míster Longstaf se marchó al día siguiente, a media mañana, muy satisfecho, aunque bastante confundido. Por más que buscaba en su memoria, no conseguía recordar ciertos detalles que le habrían resultado muy gratos. Pero, en fin, ¡que le quitaran lo bailado!, aunque él no lo recordase. De todos modos, tenía que ser cierto, porque allá tenía a la señorita Temple, junto al coche, despidiéndole muy cariñosamente, tan hermosísima a plena luz del sol que míster Longstaf incluso pensó en la conveniencia de quedarse un par de días más. Pero, claro, tenía que atender sus grandes negocios, firmar cosas… ¡Maldita suerte!

—Veamos si es cierto que vuelve por aquí antes de que yo me marche, señor Longstaf —sonrió dulcemente Nina—. ¡Lo he pasado tan bien con usted!

—Gracias, gracias… ¡Claro que volveré! ¡Y muy pronto!

—¡Oh, qué alegría!

Longstaf se fue al fin, mirando por el retrovisor aquella bellísima imagen. Y refunfuñó algo cuando, todavía él muy cerca, vio a otro de los clientes acercándose a la incomparable Nina por detrás. Pero no podía oírlo… Mejor. Oídos que no oyen, corazón que no palpita.

Mientras tanto, la rubia Nina sonreía angelicalmente al caballero que le había hecho la proposición. Era alto, fuerte, no tenía más de cuarenta años y, en general, resultaba sumamente agradable.

—Encantada, señor Hamilton —aceptó con entusiasmo—. Es usted muy amable al invitarme.

—Bien… Para ser sincero, temía que no le gustase salir de pesca, señorita Temple.

—¿Por qué no? ¡Me encanta todo lo que se relacione con el mar, se lo aseguro! Y soy una aceptable pescadora. Aunque con caña no me las arreglo tan bien como con arpón… Pesca submarina, usted entiende.

—¿Le gusta la pesca submarina? —exclamó el hombre.

—¿Gustarme? ¡Me vuelve loca!

—¡Vaya! ¡Pero si a mí también me vuelve loco! ¡Podríamos…! ¿Qué le ocurre?

Nina había puesto cara de espanto, y se explicó rápidamente.

—Yo creo que el agua está un poco fría para eso, ¿no le parece? Aunque nos pusiéramos traje de goma, nos quedaríamos helados.

—¿Con un día como éste? ¡Imposible! Ayer caímos muchos al agua, y no pasó nada. Menos pasará con traje de goma completo. Luego podríamos tomar el sol en alguna playa tranquila… y solitaria. Estoy seguro de traernos pescado para todos los ocupantes del motel. ¿Acepta?

—Bien… Pero prométame que saldremos cuando yo lo diga. No quisiera quedarme congelada bajo el agua, señor Hamilton.

—Prometido —alzó una mano el apuesto caballero—. Saldremos de bucear cuando usted lo diga.

* * *

—No es que sea gran cosa —dijo la doctora Granger—. Sin embargo, será conveniente que permanezca en la cama por lo menos un par de días. El enfriamiento ha sido considerable. A decir verdad, lo sorprendente es que no haya pillado una tremenda pulmonía. ¿A quién se le ocurrió la feliz idea de bucear en estas aguas frías y en esta época del año?

—A él —señaló Nina Temple.

—Es cierto —admitió el señor Hamilton, metido en la cama y muy bien abrigado, con el rostro de color violáceo—. ¡Atchiiisss…! La idea fue mía. Había pensado salir a pescar con caña, pero cuando la señorita Temple me dijo que le gustaba bucear, cambié de idea…

—Pero querido señor Hamilton —protestó Nina Temple, de pie y pimpante como una rosa junto al lecho—, yo le advertí que incluso con traje de goma pasaríamos mucho frío, y usted insistió en que…

—Lo sé, lo sé. Sólo que… ¡Atchiiisss…!

—Salud —sonrió Nina.

—Bueno —dijo la doctora Granger—, no es momento de discutir, sino de cuidar al enfermo. Sobre todo, que permanezca bien abrigado. Me imagino que habrá en el motel alguien

capacitado para ponerle unas cuantas inyecciones que voy a prescribirle.

—¡Inyecciones! —protestó Hamilton—. ¡Nunca me han gustado las inyecciones! ¡Son escalofriantes, como… como espadas malignas que le atraviesan a uno hasta los huesos!

—Yo sé aplicar cualquier clase de inyectable —aseguró Nina Temple—. Con mucho gusto me encargaré de cuidar al señor Hamilton en ese aspecto.

—Magnífico. Yo me ocuparé de que le lleguen las ampollas, señorita Temple —se sentó, extendió la receta y la entregó a la rubia «clienta» del motel—. La primera, cuanto antes; la segunda, a las seis horas. Luego, una cada doce horas. Pasado mañana volveré a venir, a ver qué tal sigue nuestro enfermo —se volvió hacia Hamilton—. Créame, señor Hamilton: ha tenido usted suerte. ¿A qué profundidad bajó?

—No sé… Creo que… que a unos veinte metros…

—¡Veinte metros! ¿Está loco? ¡A esa profundidad, en esta época, el agua está poco menos que congelada! ¿Cómo se le ocurrió tan disparatada idea?

—Yo… yo no tuve la idea… La señorita Temple me dijo que ella bajaría primero, y que la siguiese. Yo… ¡Atchiiisss…! Yo la seguí hasta donde ella llegó. Sentía frío, pero pensé que si ella no lo sentía, eran imaginaciones mías… Pensé que subiríamos en seguida a la superficie, y como la señorita Temple… ¡Atchiiisss…! Había dicho que ella daría la señal para subir, pues… esperé, y esperé… y esperé… ¡Atchiiisss!

—¿Usted está bien? —Miró a Nina la doctora Granger.

—¿Yo? ¡Jamás me he sentido mejor! Francamente, si volví tan pronto a la superficie fue porque me pareció que el señor Hamilton no se encontraba bien.

—Casi podríamos decir —sonrió la doctora, mirando con curiosidad a la rubia jovencita— que usted es un bicho raro, señorita Temple. Pero, en fin, son cosas que pasan: los más fuertes caen antes, a veces. ¿Estamos de acuerdo, entonces, señor Hamilton? Dos días de cama, por lo menos. Si prefiere que envíe una ambulancia a por usted para que lo…

—No, no… —protestó Nina—. Yo lo cuidaré con mucho gusto.

—De acuerdo. Volveré pasado mañana. Adiós, señor Hamilton.

Y… cuídese. Adiós, señorita Temple. Le enviaré los inyectables cuanto antes.

—¡Adiós!, y muchas gracias.

La doctora se fue, cruzándose en la puerta con Clothilde, que entró en la cabaña sonriendo un tanto irónicamente. Se colocó junto al lecho del enfermo y, mirando de reojo a Nina, susurró:

—¡Qué lamentable contratiempo, señor Hamilton! Naturalmente, durante el tiempo que usted esté enfermo, considérese invitado por la dirección del motel. ¿Puedo servirle en algo?

—No, no… Gracias.

—¡Pero hombre de Dios…! ¿a quién se le ocurre bucear con las aguas tan frías?

—Bueno, yo… yo no sé… La idea no fue realmente mía… Ocurrió que… ¡Atchiiisss!

—Es una lástima… —Casi se echó a reír Clothilde—. Espero que lo cuide usted bien, señorita Temple. Aunque, por supuesto, no está obligada a ello, ya que es una clienta más del hotel, así que si prefiere que llamemos a una enfermera…

—Oh, no… El señor Hamilton es un caballero muy de mi agrado, de modo que lo cuidaré con mucho gusto.

—Estoy segura… Hasta luego. Cualquier cosa que precisen, no vacilen en llamarme. Estoy a sus órdenes.

—Lo cuidaré durante todo el día y la noche —dijo Nina—. Me pregunto si hay algún inconveniente.

—Ninguno. Por el contrario, no cabe duda de que todos debemos estarle muy agradecidos, señorita Temple.

—¡Atchiiisss! —Estornudó el señor Hamilton.

* * *

—Lo cierto es —rió Clothilde— que esa chica se ha vuelto a escapar de su obligación primordial. Es verdad que Hamilton está en la cama, pero bien solo, y no creo que tenga ganas de tonterías. Con toda sinceridad, Odile, esa chica me hace gracia.

—Es demasiado lista.

—Vamos, vamos… ¿Acaso piensas que sabía que Hamilton se iba a resfriar tan violentamente bajo el agua y que ella iba a salir

tan tranquila? Lo lógico habría sido lo contrario. Ahora ella lo cuidará, y mañana, por segunda vez desde que está aquí, se habrá librado de ser… amable hasta el límite.

—Es demasiado lista —insistió Odile.

—No hace falta ser demasiado lista para burlarse de esta clase de gente. Tienen dinero, vienen a disfrutar a su modo, pero, en el fondo, no son más que unos desdichados. Para una chica como Nina es fácil manejarlos… Como hizo anoche con míster Longstaf… —Se echó a reír—. ¡Pobre y estúpido viejo! Todavía debe estar, creyendo… Sí, adelante.

Había sonado una llamada a la puerta del despacho, y, tras la autorización de Clothilde, tres muchachas entraron, sonriendo cansadamente. Se quedaron delante de Clothilde, que las miró un tanto ásperamente.

—¿Y bien? Parecéis cansadas, queridas.

—Lo estamos, Clothilde… Hemos pensado en salir de vacaciones ya, por turnos.

—Hablaremos de eso luego. ¿Cómo han ido hoy las películas? Os señalé especialmente al senador Tucker… ¿Habéis conseguido algo de él?

—Yo me encargué de eso… —Se adelantó una—. Es de los que están muy bien junto al campo de golf. Y he tomado una película que… En fin, no la proyectarían ni en el más puerco de los cinematógrafos.

—Magnífico, Debbie. ¿Y vosotras?

Las otras dos encogieron los hombros.

—Lo de siempre. Traemos varias escenas que cortarían la respiración a cualquiera. Ellos están tan… ocupados, que no se dan cuenta de nada. Ni se imaginan que nosotras estamos cerca tomando las películas de sus diversiones.

—Tampoco se imaginan lo de las cámaras de televisión en sus dormitorios. Está bien, dejadme aquí todas las películas que hayáis tomado, y marcharos a descansar. Mañana hablaremos sobre vuestras vacaciones… ¿Nada sobre Cock?

—Las tres hemos estado en la puerta, por separado. Dillham insiste en lo mismo: anoche entró el coche de Cock con él al volante. Poco más tarde salió, y eso es todo.

—Id a descansar —musitó Clothilde.

Las tres chicas dejaron las películas tomadas durante el día, metidas en diminutos estuches metálicos, y salieron del despacho. Clothilde estuvo unos segundos pensativa, con el ceño fruncido.

—Es extraño… —murmuró al fin—. Cock suele regresar de noche, se pasa por la cocina para comer y beber algo y luego se acuesta por aquí, en el chalet, de modo que al día siguiente lo encontramos entre nosotros… Me pregunto por qué esta vez llegó y luego se fue, sin pasar siquiera por la cocina. Quizá Dillham esté equivocado.

—Quizá. Pero el coche que él dice que vio era el de Cock, y no hay modo de que cambie de idea.

—Es posible que Cock olvidase algo en algún sitio y regresara a buscarlo.

—Cock y Russell son muy cuidadosos. Nunca olvidan nada.

—De todos modos no hay más remedio que seguir esperando. Ya nos llamará Cock, desde cualquier sitio, para explicarnos lo que ocurre. Respecto a esas tres chicas, opino que ha llegado el momento de buscarles un relevo —Clothilde sonrió como quien ha tenido una estupendísima idea—. Creo que podremos contar con Nina Temple para que sea una de las sustitutas. Ya veremos. ¿Has oído algo de lo que se prepara para esta noche?

—Los clientes no suelen hablar mucho entre sí de esto; se tienen un poco de prevención. Pero las chicas aseguran que todos aceptarán el baño de champaña.

—¿Otra vez?… —murmuró hastiada Clothilde—. Tendré que asegurarme de que en la bañera se pone más soda que champaña… No veo por qué hay que despilfarrarlo. ¿A cuál de ellas le ha tocado esta vez?

—Se había pensado en Nina Temple, pero se están desengañando, ya que ella está muy abnegadamente dedicada a Hamilton.

—No seas sarcástica. Nina sería ideal para el baño en champaña, desde luego… Pero tendrán que conformarse con cualquier otra… De todos modos, para ver a una chica bañándose en champaña en una bañera móvil, tanto da que sea un poco más bonita o un poco más fea. Supongo que bailarán, la coronarán en la bañera y lo de siempre.

—Ayer fue música de Hawai… Hoy parece que va a tocar

música electrizante. Están locos.

—Pero pagan —murmuró Clothilde—. Y pagarán mucho más. Muchísimo más. Ayer tuve que llamar precipitadamente a Russell para que aceptase el encargo de un nuevo sobre. Es cerca, de modo que calculo que puede hacer el trabajo hoy mismo. Russell es muy competente.

—¿No ha habido ningún sobre hoy?

—Vamos, vamos, Odile… No cada día podemos tener un cliente de esa clase. Estamos ganando mucho dinero sólo con el motel. Y espera que pase un tiempo… Cuando empecemos a utilizar todo el material de que disponemos… Bueno… —sonrió fríamente—. Tengo la impresión de que algo va a cambiar notablemente en Estados Unidos de América. ¡Qué poco se lo imaginan nuestros divertidísimos clientes! ¿Sabes si hay alguien en la lavandería?

—En estos momentos, no.

—Entonces bajaré a guardar estas películas. Por cierto, tenemos ya demasiado material de video tape de las sesiones nocturnas en las cabañas. Habrá que enviar a convertirlo en microfilme… Me encargaré también de eso. Creo… —murmuró pensativa—, creo que estamos corriendo un riesgo muy grande, pero valdrá la pena. Dentro de cuatro a cinco años…

Sonrió, entornando los ojos, y no necesitó decir más, porque Odile la entendía muy bien. Sí. Dentro de cuatro o cinco años las cosas iban a experimentar un sorprendente cambio en Estados Unidos de América. Tan sorprendente que el mundo entero tardaría mucho tiempo en admitirlo o aceptarlo.

Aquella tarde todavía hubo «juegos personales» en la playa, cerca del campo de golf, y por los setos. A la noche fue una chica morena, de grandes ojos color café, y que tuvo que enjabonarse con champaña mezclado con abundante soda, mientras se bailaba alocadamente a su alrededor. Por fortuna, pudo salir relativamente pronto de la bañera, envuelta en espuma de oloroso jabón, y escapó corriendo a ducharse y vestirse para participar en la fiesta más directamente…

Mientras tanto, en su cabaña, el señor Hamilton, con un termómetro en la boca, esperaba a que Nina Temple acabase de llenar la jeringuilla. Oía música y los gritos de diversión muy lejanos. Cuando Nina se acercó a la cama jeringuilla en ristre, y le

hubo quitado el termómetro, Hamilton insinuó, vacilante:

—También nosotros podríamos divertirnos…

—¿Acaso quiere usted suicidarse? —exclamó Nina—. ¡Tiene una fiebre altísima, querido! Vamos, vamos, sea formalito… y póngase boca abajo: ha llegado la hora.

—Detesto las inyecciones.

—Pues tendrá que conformarse. Sea buen chico. Me quedaré toda la noche con usted, cuidando de su salud, descabezando algún sueñecito en el sillón… Pero si no colabora, me iré ahora mismo.

El señor Hamilton colaboró. Se volvió boca abajo, y segundos después lanzaba un contenido aullido más de rabia que de dolor al recibir el pinchazo en la nalga.

Lo que todavía no acababa de comprender era cómo aquella delicada jovencita había soportado la presión y la frialdad del agua, mientras él, todo un gigantesco atleta… ¡Atchiiisss…!

—Salud, señor Hamilton.

Capítulo X

—¿Cómo está el señor Hamilton? —preguntó Clothilde.

—Todo lo bien que cabe… —sonrió Nina—. Calculo que mañana estará en condiciones de regresar a su casa. Es de suponer que nadie lo cuidará tan bien como su esposa.

Clothilde miró de reojo a Odile, que había parado el motor del aspirador cuando Nina llegó al despacho y escuchaba en silencio, con expresión completamente indiferente. Hacía un día hermoso de nuevo, con un sol dorado que entraba por el ventanal del despacho, que, sin duda, había sido habilitado en lo que al construirse el chalet debió ser destinado a dormitorio.

—Tienes buen sentido del humor, Nina —la tuteó de pronto Clothilde—. Efectivamente, nadie cuida tan bien a un hombre como su propia esposa. También creo que eres una chica inteligente. O quizá astuta… ¿Tú qué dices?

—Sé que no soy tonta —sonrió Nina—. Pero aún no sé si soy inteligente o astuta. ¿Por qué lo dice?

—Hace dos noches que estás aquí. La primera fue con míster Longstaf, el cual debemos admitir que es un pobre tonto. En cuanto al señor Hamilton, cabe pensar que estabas convencida de que iba a pillar una pulmonía o algo parecido, de modo que también quedarías tranquila anoche… ¿Estoy equivocada?

—Creo que no la comprendo, señora —murmuró Nina.

Clothilde sacó de su escondrijo el receptor de televisión, apretó el botín correspondiente a la cabaña de Hamilton y el dormitorio apareció en pocos segundos en imagen. Se veía perfectamente todo el cuarto, y, en la cama, al señor Hamilton, que, con expresión muy preocupada, termómetro en boca, esperaba a que pasase el tiempo suficiente para tener conocimiento de su temperatura. Nina Temple lanzó una exclamación, y se quedó mirando con expresión asustada a Clothilde, que sonrió comprensivamente.

—Como ves —dijo amablemente—, lo que ocurre en las cabañas, es decir, precisamente en los dormitorios, no es secreto para mí. Tampoco es probable que se me escape gran cosa de lo que ocurre durante el día por los jardines o las pistas de juego del motel. ¿Vas comprendiendo?

—Yo… No sé… Creo que no…

—¿Te gustaría ganar el doble? Quinientos dólares diarios.

—Quinientos dólares… ¿Qué tendría que hacer?

—Esa es la pregunta exacta. Mi respuesta es que saldrías ganando en todo. Al parecer, te gusta… seleccionar tus amigos, y eso, en el fondo y sinceramente, lo encuentro bien. La compañía de hombres como míster Longstaf no suele ser precisamente agradable. Por eso he pensado que te gustaría cambiar de cometido.

—¿Qué clase de cambio?

Clothilde sacó un pequeño objeto metálico del asiento del sillón, y lo mostró, en alto, bien visible.

—Esto es una cámara fotográfica. Toma fotografías sea cual sea la luz, y siempre que no se esté a más de veinticinco yardas del objeto o persona a fotografiar. Puedes cambiar tu trabajo actual por este otro.

—Pero ¿qué tendría que fotografiar?

—Lo que vayas viendo por ahí…, sin que te vean a ti. Cuantas más fotografías, mejor. Luego, si veo que te desenvuelves bien, llevarías un tomavistas especial para películas, claro.

—¿Tendría que tomar fotografías o películas de los clientes y las chicas?

—Bien… Esa es exactamente la idea. Quinientos diarios.

—Es un trabajo aún más sucio que el mío —murmuró Nina.

—Lo sé. Pero dentro de un año puedes tener no menos de doscientos mil dólares. Es una cantidad importante, me parece a mí. Sólo es cuestión de acostumbrarse. No sé si lo interpretas así, pero estoy tratando de ayudarte, Nina.

—Sí, me doy cuenta… Y se lo agradezco mucho. Verdaderamente, doscientos mil dó…

Nina Temple se calló, porque acababa de sonar una llamada a la puerta. Clothilde autorizó la entrada, y Dirk, el conserje, entró en el despacho.

—El cliente nuevo —dijo— acaba de llegar.

—¿Y bien? —Alzó las cejas Clothilde.

—Es un chiflado… Ha llegado frotándose las manos como un sátiro, y mirando a todas las chicas, diciendo a gritos que lo va a pasar tremendo. Yo creo que es un paleto que ha conseguido mil o dos mil dólares, y ha venido a gastárselos aquí a lo bestia. No es la clase de clientes a que estamos acostumbrados, Clothilde.

—Es un fastidio… Sin embargo, alguien tuvo que recomendarlo. ¿Quién lo hizo?

—Ya se lo dije anoche. Llamaron desde el club diciendo que era un recomendado de Peter Darrows. El enlace tuvo que aceptar su petición, y como había vacante la cabaña del señor Chalmers…

Clothilde se había puesto en pie y estaba mirando en un pequeño fichero, del cual extrajo una cartulina.

—Peter Darrows… —musitó—. No podemos desairarlo, Dirk. Ya veremos cómo arreglamos esto. De momento habrá que admitir a ese caballero… ¿Cómo se llama?

—Frank Minello. Nunca había estado aquí.

—Sí, sí… Claro. Admítelo, y veremos qué hacemos. ¿Qué cabaña vas a darle?

—La veintiocho.

—Está bien. Ya te diré algo luego, Dirk. Retírate.

El conserje abandonó el despacho y Clothilde regresó su atención a Nina, tras guardar la cartulina en el fichero.

—¿Por dónde íbamos, Nina?

—Iba a decirle que doscientos mil dólares es suficiente para lo que siempre he deseado hacer, señora. Y que procuraré cumplir este nuevo trabajo del mejor modo posible.

—Espléndido. ¿Sabes cómo se manejan estás cámaras?

—Temo que no. Nunca he visto nada igual…

—Ven. Te enseñaré en pocos minutos. Es muy fácil…

Debía ser muy fácil, en efecto, porque Nina Temple lo aprendió en menos de tres minutos. Para asegurarse pidió permiso para probar, y tomó tres o cuatro fotografías de Clothilde, con Odile al fondo, mirándola con hosca tristeza.

—Esperemos que salgan, para mi archivo —rió Clothilde—. Los primeros días ve con mucho cuidado. Sería muy molesto que algún cliente se diera cuenta de lo que estamos haciendo.

—¡Y tanto…! ¿Por qué lo hacemos? ¿Para chantajearlos luego?

—No hagas preguntas, Nina —dijo secamente Clothilde—. Todo lo que tienes que hacer es trabajar.

—Lo siento… ¿Puedo marcharme ya?

—Sí, espera un momento.

Clothilde apretó el botón de la cabaña veintiocho, y a los pocos segundos apareció el dormitorio de dicha cabaña. En él, un tipo alto, atlético, de cabellos ondulados y expresión de niño con juguete nuevo, estaba sacando sus cosas de una maleta. Ya estaba en mangas de camisa, y su potente musculatura quedaba en clarísima evidencia.

—Vaya… No se puede decir que el señor Minello sea un alfeñique —sonrió Clothilde—. Lástima que, según parece, sus modales no sean demasiado buenos.

—¡Mucha lástima! —aceptó Nina—. Es todo un tipo. Me parece que con él no me molestaría en practicar ninguno de mis pequeños trucos.

—Ah… ¿De veras? Es nuevo aquí… Lo recomienda un buen cliente, pero no podremos hacerle preguntas sobre el señor Minello hasta que vuelva al motel. Sin embargo, me gustaría saber algo sobre este señor Minello… Es norma de la casa, ¿comprendes? ¿Te atreves con él?

—¡Desde luego! Pero ¿y el señor Hamilton?

—Olvídalo. Lo iremos cuidando por turnos los demás.

—Es qué me gusta pincharlo —rió Nina.

—¡Pues cuando sea la hora apareces por allí y lo pinchas! —rió Clothilde—. Aunque deberías intentar también conseguir alguna fotografía de él en tan poca airosa postura. En definitiva, los hombres temen más al ridículo que a nada. Arreglaremos lo de tus pinchazos al señor Hamilton. De momento, a ver qué consigues saber del tal Frank Minello.

—Empezaré ahora mismo —sonrió Nina—. Hasta luego.

Pocos minutos después, en la pantalla se vio a Frank Minello volverse hacia la puerta del dormitorio, en la cual aparecía Nina Temple, sonriendo dulcísimamente.

* * *

—Buenos días —saludó Nina.

—¡Hola! —exclamó Minello—. ¡Demonios, qué bombón!

—¿Cómo dice, señor?

—¡Digo que…! Bueno, he dicho que usted me parece un bombón, encanto. ¡Con lo que a mí me gustan las rubias!

Nina Temple parpadeó, como si estuviera no sólo sorprendida, sino casi asustada.

—Me parece, señor, que está usted expresándose de un modo… poco educado. Celebro mucho parecerle un bombón, y que le gusten las rubias, pero… hay muchas maneras de decirlo. Me parece que me he equivocado con usted. Adiós.

Dio la vuelta, pero Minello saltó hacia ella y la sujetó por un brazo.

—Un momento, un momento, encanto… ¿Qué le pasa? ¿He dicho algo que la haya molestado? A fin de cuentas, usted se ha colado en mi cabaña, sin molestarse siquiera en llamar, ¿no es así?

—Si me suelta usted el brazo, caballero, no habrá necesidad de que me lo amputen por gangrena.

El flamante huésped del Lucky Star Motel quedó boquiabierto unos segundos. Por fin, rompió a reír, soltando el brazo de la bellísima rubia.

—¡De acuerdo! —exclamó—. Pero le aseguro que no soy venenoso. Vamos a ver, nena, vamos a ver… Usted ha entrado en mi cabaña como si el mundo fuese suyo, y ahora se hace la remilgada… ¿Quién es usted y qué demonios quiere?

—Señor: le vi llegar a usted y, como tenía pensado organizar para esta noche un baile de disfraces, pensé que un modo de darle la bienvenida sería invitarlo. Vi la puerta abierta y entré, quizá un poco atolondradamente. Pero, como ve, no quiero ningún demonio… Y mi nombre es Nina. No soy más que una clienta del motel, igual que usted. Si le he molestado, perdone, y buenos días…

—Espere, espere, espere… Veamos si lo entiendo: usted ha venido a darme la bienvenida, me invita a un baile de disfraces para esta noche y me pide disculpas porque cree que me ha molestado… ¿Es eso?

—Exactamente eso, señor.

—Bien… —Frank Minello guiñó un ojo—. No vamos a engañarnos entre nosotros, ¿verdad?

—¿A qué se refiere, señor?

—¡Por todos los demonios del infierno! Oiga, preciosidad, yo no estoy aquí por casualidad, ¿comprende? Un amigo me recomendó el lugar y sé muy bien cómo está organizado aquí el tinglado… ¿Correcto?

—No cabe duda, señor, de que viene usted bien orientado, pero mal aconsejado, según parece. Mucho me temo que con sus modales no va a encontrar a nadie en el motel que quiera divertirse con usted.

—¿Y por qué no?

—Los demás caballeros resultan más simpáticos y, sobre todo, más educados. Comprenderá usted que si algunas damas decidimos dar una fiesta, preferimos a esos caballeros.

El nuevo cliente del motel se quedó mirando a la rubia jovencita, muy atentamente. Por fin sonrió y encogió los hombros en un gesto de disculpa.

—Le ruego que me perdone. Me parece que, en efecto, he venido mal aconsejado. Supongo que le he resultado desagradable.

—Bastante… Vine aquí con las mejores intenciones, dispuesta a que usted no se encontrase solo, ya que es el último que ha llegado, y me encuentro con un… con un patán, si me permite decírselo.

—Se lo permito porque me lo merezco —sonrió de nuevo él—. Me gustaría que me dijera cómo puedo hacerme perdonar mi grosería.

—Ah… Usted parece otro ahora, señor…

—Frank Minello. ¡A sus pies!

—Muchas gracias… Sí, parece otro. Me llamo Nina Temple, señor Minello. Bien… Si usted considera que vale la pena demostrar un mínimo de corrección, la invitación sigue en pie.

—Se lo agradezco mucho. ¡Y acepto encantado, desde luego…! ¿De qué vamos a disfrazarnos?

—Oh, cada uno de lo que quiera o pueda. Denos una sorpresa.

—Lo intentaré. Aunque tengo poca imaginación. Hum. ¿Puedo preguntarle si ya tiene usted pareja para el baile, señorita Temple?

—Pues no —rió ella—. No tengo pareja, quiero decir.

—Ah… Vaya, en ese caso… Bueno, quiero decir que quizá…

—¡Acepto! —volvió a reír Nina—. ¡Qué gran cambio ha dado usted en unos minutos, señor Minello!

—No, no… Yo soy así en realidad. Lo que pasa es que llegué

creyendo otra cosa… No sé si me entiende…

—Le entiendo muy bien. Tengo pensado jugar al tenis esta mañana… ¿Juega usted al tenis, señor Minello?

—Mi estimada señorita Temple: no sólo juego al tenis, sino a todo. Soy un experto en toda clase de deportes.

—Se nota… Tiene una musculatura impresionante. Bien, iré a vestirme para el tenis.

—La estaré esperando en las pistas. Permítame acompañarla a la puerta…

Salieron los dos del dormitorio, de modo que quedaron fuera del radio de acción de la cámara de televisión en circuito cerrado, Apenas Nina le hizo una seña, Minello sacó rápidamente un sobre del bolsillo y se lo entregó. Ella lo guardó rápidamente, metiéndolo en el pantaloncito, provocando tal expresión desorbitada en Frank Minello que prácticamente los ojos se le salieron de las órbitas.

—¿Todo bien, Frankie? —musitó Nina—. ¿Viste a míster Cavanagh?

—Santo Dios… —tartamudeó él.

—¡Frankie!

—Oh, sí… Vi a ese tipo. Todo bien, todo de acuerdo… ¿De verdad vamos a jugar al tenis?

—Claro.

—¿Y no sería mejor, jugar a…?

—Adiós, señor Minello —dijo ella, en voz alta.

—Hasta ahora, señorita Temple —tuvo que seguir el juego el atleta—. La estaré esperando. Ha sido un placer.

Nina Temple se dirigió a su cabaña, que estaba cerca. Entró, fue al dormitorio, comenzó a desnudarse… y sonó el teléfono de la mesita de noche.

—¿Sí?

—Soy Clothilde, Nina. Buen trabajo.

—Gracias, señora.

—Me gusta tu estilo. Procura enterarte de algunas cosas sobre nuestro nuevo cliente durante el día de hoy. Con discreción, querida.

—Oh, sí, no tema usted… En el fondo parece un buen muchacho, ¿no cree?

—Seguro —se oyó la risa de Clothilde—. ¡Todos los que vienen

aquí son muy buenos muchachos! Hasta luego.

—Hasta luego, señora.

—Y deja de llamarme señora. Clothilde está bien.

—Como guste. Gracias.

Clic.

Nina colgó, y acabó de cambiarse. Salió al pequeño *living*, tomó un sobre con el membrete del motel del pequeño buró y se sentó en el sillón donde había dejado el sobre que le entregara Minello. Lo abrió y sacó el fajo de billetes de cien y cincuenta dólares, muy apretados… También había una fotografía, que se quedó mirando durante unos segundos. Por fin, en el sobre del motel metió el dinero y la fotografía, tras echarle un rápido vistazo al dorso. Pegó la solapa, volvió a meterse el sobre en los *shorts*, y con el otro sobre ya vacío fue al cuarto de baño. Quemó el sobre, tiró los restos por el inodoro y, por fin, salió de la cabaña.

Poco después estaba en el comptoir, sonriendo a Dirk, que a su vez sonreía, encantado de la vida.

—¡Naturalmente que tengo raquetas de tenis! ¡Vaya una pregunta, señorita Temple! Ahora mismo le traigo un par. Hoy va usted un poco retrasada; los demás ya están divirtiéndose por ahí.

—Recuperaré pronto el tiempo perdido —sonrió Nina.

—¡Apuesto a que sí! —rió Dirk—. Voy a por las raquetas.

Se fue por el pasillo. Inmediatamente, Nina pasó al vestíbulo, se aseguró de que nadie la veía, sacó el sobre con el dinero y la fotografía y lo introdujo en el buzón… Cuando Dirk regresó con un par de raquetas, la señorita Temple estaba de nuevo ante el mostrador.

—Aquí las tiene, señorita Temple.

—Gracias, Dirk. ¡Hasta luego!

Capítulo XI

—¿Otro sobre? —murmuró Floyd Russell.

—Así es. Y tendrás que ir tú, porque Cock no ha regresado todavía —dijo Clothilde.

—Sin embargo, Dillham dice que le vio llegar anoche, pero que luego se fue… Me extraña este comportamiento en Jim, Clothilde.

—Y a mí. De todos modos, vamos a conceder un margen de espera antes de interesarnos por él, no sea que estorbemos alguna de sus maniobras. Tú sabes mejor que nadie que los de tu profesión hacéis cosas raras a veces.

—Sí, desde luego… —sonrió secamente Russell—. Bien, esperaremos a ver qué explicación nos da Jim cuando aparezca. ¿Tienes la fotografía para mi nuevo trabajo?

Clothilde se la entregó. Russell le echó un vistazo a la dirección escrita en el dorso, frunció el ceño y, al dar la vuelta a la foto, lanzó una exclamación…

—¡Diablos…! ¿Qué es esto?

—Una fotografía.

—Pero…, pero…

—Sé lo que estás pensando, Floyd. En verdad, es muy extraño. Pero no podemos dejar de cumplir el contrato. Ya sé que es una posibilidad que vamos a perder, pero no tenemos más remedio.

—¡Pero esto es absurdo!

—Lo parece. De un modo u otro, tendrás que hacerlo. ¿Tienes algún inconveniente?

—¿Yo? ¡Claro que no! A mí no me importa.

—Pues a mí tampoco demasiado. Cumple con el encargo, y cuando sea el momento charlaremos con el señor Frank Minello, el nuevo cliente del que te he hablado, y que llegó avalado por Peter Darrows.

—No entiendo esto… Pero, en fin, tú mandas. Hasta otra…

Adiós, Odile.

—Adiós —murmuró la sirvienta, que como siempre había permanecido silenciosa y tristona.

Floyd Russell salió del despacho y poco después lo hacía del chalet, directo a su coche…

—¡Floyd!

Se volvió y se quedó mirando sonriendo a Nina Temple, que corría graciosamente hacia él, agitando una raqueta de tenis. Ella llegó jadeando ligeramente hacia él, y lo miró con clarísimo reproche.

—Hola, Nina.

—Floyd, tú me engañaste… Me dijiste que estarías conmigo, y no es así. Me paso el día esperándote y tú no…

—Lo siento. Tuve algo que hacer. De todos modos, veo que estás muy bien acompañada. Es todo un ejemplar tu amiguito de turno, Nina.

—Es un tonto —rió ella—. Floyd, ¿has venido a quedarte aunque sólo sea un día? Podríamos…

—Lo lamento, Nina. Tengo más cosas que hacer.

—¡Oh, no! ¿Cuándo volverás?

—Voy a hacer todo lo posible por venir mañana. Si lo hago, ¿estarás libre para mí?

—¡Sí, Floyd! ¡Oh, sí, sí…! Mañana le diré a ese tonto que tengo otro compromiso y podremos pasar, el día juntos… ¿No me estás engañando, Floyd? ¿Vendrás mañana?

—Prometido. Acabaré hoy mismo el trabajo que tengo pendiente y mañana lo pasaremos juntos. Pero ya no puedo entretenerme más. Nina. Ah, te felicito… Clothilde me ha dicho que eres una chica inteligente.

—¿Te sorprende eso? —rió ella.

—No —rió también Russell—. La verdad es que no. Mañana hablaremos de todo.

—Está bien… Hasta mañana, Floyd.

Éste se marchó en el coche, y Nina volvió junto a Minello, que preguntó, sonriendo:

—¿No es ése el tal Floyd Russell, amor de mis amores?

—Sí, lo es… —murmuró ella—. Ya puedes llamar, Frankie.

—¿A míster Cavanagh?

—Sí. Ya sabes lo que tienes que decirle… Luego escondes el paquete de cigarrillos con la radio en un lugar seguro, pues podríamos necesitarla en cualquier momento.

—De acuerdo.

—Ahora vamos a ducharnos antes de almorzar.

—Okay, okay —refunfuñó Minello—. Hay cosas que las sé pensar yo sólito, demonios… ¿Qué haremos esta tarde?

—Nada. La dolce vita, simplemente…

—¡Yuuupiii…! —aulló Minello.

—Quiero decir que eso es lo que creerán todos. Pero, mientras los demás viven su indecente vida del dolce far niente, nosotros pasearemos a solas, pero muy formalitos. Y que piensen lo que quieran.

—Pe… pero podríamos bailar o hacer algo útil, como besarnos o amarnos… ¡Qué demonios, yo he venido aquí a disfrutar de la dolce vita!

—¿Y te parece poca dolce vita estar todo el día conmigo?

—¿Eh? ¿Qué? Oh, bueno… Sí, claro… Pero yo había pensado que…

Se encaminaron hacia las cabañas, argumentando enérgicamente Minello sobre sus pretensiones y los sueños de amor que había tenido. Pero la señorita Temple, sonriendo, no necesitaba decir ni una sola palabra para que él comprendiese que los sueños…, sueños son.

Capítulo XII

Cuando en el salón apareció la bañera, colocada sobre un soporte con ruedecillas y empujada por los dos enmascarados, todo el mundo aplaudió, gritó, silbó y rió… Las tres chicas musicales tocaban música frenética, de pie en un pequeño estrado, contemplando con cierta ironía a los fantoches enmascarados. Había toda clase de disfraces: desde quien había tenido que recurrir a una simple sábana, para «disfrazarse» de fantasma, hasta el inefable Minello, que había decidido adoptar un disfraz muy cómodo, pero algo refrigerado: con unos *slips* por toda vestimenta y un cuchillo en la cintura, daba de vez en cuando algún que otro salto, asegurando que era Tarzán de los Monos, ni más ni menos. Su compañera de baile era sencillamente sensacional. Llevaba una malla negra que le cubría todo el cuerpo, adhiriéndose a él de tal forma que su figura quedaba en relieve máximo, proclamando una belleza que ya empezaba a fastidiar considerablemente a las demás damas del motel. En la cabeza, la dama de negro llevaba una capucha que le ocultaba completamente el rostro, excepto dos agujeros para los ojos y uno para la boca. Pero, por mucho que ocultase el rostro, todos sabían quién era la chica más perfectamente formada de la fiesta carnavalesca. En la cintura tal dama llevaba un hacha corriente, que con un poco de buena voluntad y un poco de imaginación podía ser considerada como la terrible hacha de un sanguinario verdugo.

Había de todo, o de casi todo: caballeros con peluca al estilo rey Sol, gitanas, dos Robin Hood, tres vaqueros, bailarinas clásicas, un payaso… El techo estaba lleno de globos de colores y, de vez en cuando, un caballero disfrazado de mosquetero había pinchado alguno, con su espada de madera, provocando la hilaridad de todos.

Entre risas, música, ruido de copas, descorches de botellas, humo de cigarrillos y una confusión tremenda, apareció por fin la

bañera, con la bella jovencita morena de ojos color café dándose un refinado baño de champaña…, con soda, cosa que pocos sabían. Estaba envuelta en espuma, y agitaba los brazos, saludando y salpicando a todos con jabón…

—¡La bañera, la bañera…!

—¡Viva la reina de la bañera!

—¡Que la saquen de la bañera…!

Un caballero disfrazado más o menos de navegante espacial se acercó a la morenita, descorchó delante de ella una botella de champaña después de agitarla y lanzó el chorro de espuma hacia la muchacha, ayudándola con gran efectividad a quitarse buena parte de la espuma del torso, con lo cual perdió espectacularidad, pero ganó en belleza…

—¡Oooaaaoooaaa…! —Lanzó Minello el grito aterrador de Tarzán.

Estaban todos tan entusiasmados con la nueva idea de la botella de champaña utilizada como ducha, que varios caballeros más recurrieron al mismo procedimiento, mientras la muchacha, en pie, seguía saludando… y perdiendo espuma por segundos. Tan, tan entusiasmados estaban, que no se dieron cuenta de que por la puerta y la puerta-ventana de la terraza iban apareciendo más personajes disfrazados, todos ellos masculinos, que se mezclaron rápidamente y con gran discreción entre los divertidísimos gozadores de la dolce vita. Tampoco repararon en que uno de ellos se acercó a la dama de negro y le entregó algo disimuladamente. Y puestos a no enterarse de nada, ni siquiera se dieron cuenta de que la dama de negro se apartaba de la fiesta, saliendo del gran salón lleno de globos.

Salió al vestíbulo, subió rápidamente las escaleras, llegó ante la puerta del despacho, y la abrió, sin más ceremonias, alzando lo que le había entregado subrepticiamente uno de los recién llegados, y que no era más que una imponente automática provista de silenciador.

Clothilde Cunning alzó la cabeza vivamente, frunciendo el ceño ante aquella intromisión, pero su expresión varió muy pronto hacia la alarma al ver la pistola en la pequeña pero firmísima mano de la dama de negro.

—Buenas noches, Clothilde.

—Nina... ¿Qué haces aquí? ¿Qué significa esa pistola? ¿Es de cartón?

—No. De chocolate. Apártate de ahí, Clothilde... Precisamente, una de las cosas que me interesan es ese fichero que estás examinando. Eso es... Unos pasos más hacia el sofá... Siéntate, querida. Y pon las manos sobre tus hermosos cabellos rojos.

—¿Estás loca? ¿Qué es lo que...?

—Siéntate.

La voz de Nina Temple tuvo tal inflexión que Clothilde se sentó inmediatamente y puso sus manos sobre la cabeza. Nina Temple, la bella dama de negro disfrazada más o menos de verdugo, se acercó al fichero, echó un vistazo a las cartulinas que Clothilde había estado examinando, y en seguida las metió en el fichero y lo cerró.

—Ya vendrán a por él. Ahora...

Con la velocidad del rayo. Nina Temple se volvió hacia la puerta del despacho, alzó la pistola y apretó el gatillo.

Plop.

Dirk, el conserje, acabó de abrir la puerta y entró en el despacho, con una pistola en la mano. Dio tres o cuatro pasos, se detuvo, se quedó mirando a Nina y, de pronto, sus ojos quedaron en blanco, sus rodillas se doblaron y rodó por el suelo, mientras una mancha oscura se iba extendiendo más y más por su pecho, a la altura del corazón, empapando sus ropas. Nina dio un puntapié a la pistola de Dirk, enviándola al más alejado rincón del despacho. Cuando volvió a mirar con toda su atención a Clothilde, ésta había palidecido intensamente.

—¿Quién eres tú...? ¿Qué es lo que quieres?

—Acabar con este nido de cuervos. Pero eso, en sí, no tiene excesiva importancia, porque siempre habrá gente que quiera disfrutar de la dolce vita y encontrará dónde hacerlo. Lo que me interesa es conocer a fondo tu sistema para asesinatos, y cuánto personal hay a tus órdenes. Conozco a Floyd Russell y a Jim Cock. ¿Cuántos más hay?

Clothilde palideció aún más.

—¿Cómo has sabido...?

—¿Cuántos más hay?

—Dos... Solamente ellos...

—Bien. Respecto a Cock, te tengo una mala noticia: lo maté

anoche, de un golpe. En cuanto a Floyd Russell, la cuestión está pendiente, aunque por poco tiempo. Debes estar ganando mucho dinero, querida: quinientos dólares por día de hospedaje… y diversión en el motel, y veinticinco mil dólares por asesinato. Todo muy discreto: el cliente mete un sobre con el dinero y una fotografía de la víctima, así como su dirección, sin que nadie lo vea, y eso es todo. Por supuesto, en este fichero no voy a encontrar todos los datos que quiero, pero sí en el de abajo, en el de la lavadora automática…

Clothilde lanzó una exclamación de espanto y sorpresa, y sus ojos se desorbitaron, ojos en Nina.

—No es posible… que sepas esto…

—Lo sé muy bien. Vi los microfilmes que tenéis allí: calculo que unos dos mil, y todos ellos muy comprometedores para tus clientes. Ahora veamos esto… En primer lugar, consigues microfilmes con escenas terriblemente escabrosas de personajes importantes, ya sea en la milicia, la política o el mundillo económico; pero no sólo eso, sino que, por las víctimas que tus dos ejecutores han estado eliminando, sabes quién es el cliente que hizo el encargo por medio del truquito del buzón. De este modo, a unos por sus… diversiones simplemente, y a otros por esto mismo más el conocimiento que tienes de que encargaron el asesinato de su esposa, socio o competidor político o económico, los tienes a todos en tus manos, listos para ser chantajeados a conciencia. ¿Se trata de esto?

Clothilde no contestó. Se la quedó mirando fijamente, pero no parecía dispuesta a hablar. Nina se acercó a ella y, de pronto, de una violentísima bofetada al revés, la derribó sobre el sofá.

—No puedo perder el tiempo, Clothilde. Ni me gusta dar bofetadas, porque luego me duelen las manitas. Tengo otros sistemas mucho más descansados para obligarte a contestar. Será mejor que no me obligues… ¿Se trata de simple chantaje o hay algo más?

La pelirroja se había incorporado. Apretó los labios… y recibió un nuevo trallazo en pleno rostro, que la derribó ahora hacia el otro lado del sofá.

—Ya no te pegaré más, Clothilde. Recurriré a otros… ¡Eh…!

Al mismo tiempo que lanzaba el grito de espanto, Nina saltaba hacia atrás y un lado, dejándose caer de rodillas. Nina había vuelto

a incorporarse, mansamente, pero, de pronto, adquirió una gran rapidez, apuntando hacia Clothilde la pistola que había tomado del respaldo del sofá, y disparando frenéticamente.

Pack.

Plop…

Nina oyó por encima de su cabeza el restallido de la bala, que se clavó en la pared de enfrente. En cambio, Clothilde no debió tener tiempo de oír nada, porque la bala disparada por Nina le dio en el centro de la frente, empujando su cabeza hacia atrás, como si fuera a arrancarla, a hacerle rebasar el respaldo del sofá. Clothilde Cunning quedó con el rostro hacia el techo, abiertos desorbitadamente los ojos, sentada muy cómodamente, aunque cabía dudar que aquélla hubiera sido una dolce morte.

Lentamente, Nina se puso en pie. Se quedó mirando a Clothilde y, de pronto, se quitó el capuchón negro y se lo colocó en la cintura, con gesto de disgusto… Aún tenía fruncido el ceño cuando se volvió de nuevo velozmente hacia la puerta, alzó la pistola, su dedo se tensó en el gatillo. La puerta se abrió…

—¡Frankie! —gritó Nina—. ¡Estás loco, he podido matarte…!

Minello palideció, tragó saliva y se acercó a ella.

—¿Estás bien?

—¡Vete al infierno! ¡He podido meterte una bala en la cabeza!

—Pero no lo has hecho. Yo siempre confío en tus reflejos… Lo de abajo está arreglado. Tus queridos Simones han hecho una redada muy especial, ¿no te parece?

—Se los pasaremos al FBI, que sabrán qué hacer con esta clase de gente. A mí sólo me interesa el espionaje.

—Pues, hijita, aquí no hay espionaje. De todos modos, con eso de los asesinatos especialmente has hecho una buena labor. Una vez más, el FBI tendrá que darte las gracias. Por mi parte…

—Hablas demasiado —refunfuñó Nina—. Toma ese fichero y ponlo a buen recaudo. Yo iré a por los tubos de la lavadora. Y no digas que vienes conmigo. Quiero que te hagas cargo de ese fichero y que te quedes fuera del chalet, por si llegase Floyd Russell… ¿Está claro?

Minello comenzó a refunfuñar, dirigiéndose hacia el fichero. Lo miró, calculó que podría con él fácilmente y se volvió hacia Nina.

—Tendré que llevarlo en… ¡Maldita sea mi estampa! ¿Dónde te

has metido?

Pero Nina bajaba ya la escalera, hacia el vestíbulo, allá un hombre se acercó a ella y se tocó humorísticamente la frente con dos dedos.

—A la orden, Baby… ¿Qué hacemos con los juerguistas?

—Hay gente que ha encargado asesinatos entre ellos, Simón. Pero insisto en que no es cosa nuestra. ¿Han llamado al FBI?

—Desde luego.

—Pues eso es todo. Vigílenlos bien a todos, hasta que lleguen los chicos del señor Hoover. Inmoralidad, asesinato por encargos… Que se las entiendan con ellos. Por mi parte, lo último que puedo hacer es proporcionarles el más asombroso fichero de microfilmes que habrán visto jamás.

—¿Necesita ayuda?

—No, no… Pero Minello puede que sí. ¿Quiere subir a ayudarle con el fichero, Simón?

—Con gusto. Hasta ahora.

Sin molestarse en mirar hacia el salón, donde la chica morenita había salido ya de la bañera y se envolvía con una manta, esto es, que se había disfrazado a la fuerza de india apache, Nina Temple fue hacia el pasillo. Llegó a la puerta de la lavandería, la empujó y frunció el ceño al encontrarla cerrada. Y no llevaba encima ninguna ganzúa. Muy bien. Alzó la pistola, apuntó a la cerradura y disparó dos veces. Luego sólo tuvo que empujar la puerta, que cedió hacia dentro.

Entró, dio la luz, miró hacia la lavadora automática en cuestión y quedó inmóvil, encogiéndose junto a la puerta, mirando a todos lados, lista la pistola… La lavadora no estaba bien colocada en su sitio, sino desplazada a medias para tener acceso a los tubos que servían de fichero a dos mil microfilmes.

No vio a nadie, y lentamente comenzó a bajar los peldaños, sin abandonar la vigilancia. Llegó junto a la lavadora, acabó de apartarla, apretó el tornillo que hacía desplazarse la chapa metálica del fondo y suspiró al ver los tubos en su sitio. Los sacó y con ellos en una mano se volvió dispuesta a salir de la lavandería.

—Gracias por ahorrarme el trabajo, Nina.

—Odile… —susurró la rubia.

Se quedó mirándola, entre sorprendida y mortificada por no

haberla tenido en cuenta hasta aquel momento. La pobre, la triste, la vieja, la insignificante Odile, le estaba apuntando con una pistola al centro del pecho.

—Los tubos, por favor, Nina.

—Creí que usted no intervenía en esto, Odile, que era sólo…

—¿Una sirvienta? —sonrió secamente Odile—. Pues ya ves que… soy algo más. En realidad, soy yo quien ha estado dirigiendo toda la organización. Clothilde es sólo una pantalla.

—Era.

—Oh… ¿Ha muerto? Bien, mala suerte para Clothilde, tan hermosa… ¿La has matado tú?

—Tuve que hacerlo.

—Entiendo. Lo que no entiendo es qué significa todo esto… ¿Quiénes son ésos hombres? ¿Policías?

—Pregunta por pregunta, Odile: ¿qué es exactamente lo que esperaban obtener por estos microfilmes? ¿Aún más dinero?

Odile se echó a reír.

—Estás intentando entretenerme, jovencita, para que tus amigos vengan aquí. Pero no importa, porque tú saldrás conmigo, sirviéndome de protección. Y ya que hablamos de eso: toma tu pistola con dos deditos y déjala caer al suelo. ¿Sí?

Nina obedeció y sonrió fríamente.

—¿Algo más?

—No, querida. Siempre dije que eras demasiado lista… Pero, en fin, ya no tiene remedio. ¿Quieres saber lo que espero obtener exactamente de esos microfilmes? Muy bien: el control de Estados Unidos de América.

—¿El qué? —musitó Nina.

—Oh, ya sé que no puedes entenderlo… Camina hacia las escaleras, pues vamos a salir mientras te lo explico muy brevemente. Y si alguno de tus amigos piensa molestarme, no te olvides de recordarle que la primera en caer serás tú, querida. Vamos, camina… Despacio… Nadie va a poder detenerme…

—¿Qué clase de control?

—¿Sobre Estados Unidos? Toda clase de control, querida. Tengo ya a más de doscientos personajes importantes en una u otra esfera en mi poder. Por el momento, no pienso decir nada… Los iré dejando que se hagan más y más importantes… Y, a medida que

vayan escalando altos puestos políticos, militares o económicos, irán recibiendo copias de microfilmes en los que se verán a sí mismos gozando… de la vida. Tendrán que aceptar ciertas condiciones mías para que esos microfilmes no lleguen a manos que les darían una publicidad ruinosa. Puedo arruinar a doscientos personajes importantes o puedo disponer de ellos para estar al corriente de toda la actividad política, militar y económica de Estados Unidos… Doscientos, por el momento. Pero serán más. Sin prisas… Dentro de cinco, seis o diez años no habrá decisión que tomen en la Casa Blanca, el Pentágono, la CIA, las convenciones de todo tipo, que no llegue inmediatamente a mi conocimiento. Y no sólo eso, sino que merced a ciertas presiones sobre mis… amigos conseguiré muchas, muchísimas cosas… Poco a poco, quizá en veinte años, o treinta, tendremos las riendas del poder norteamericano, sin que nadie sospeche nada.

—¿Tendremos? ¿A quiénes se refiere usted?

—Mi querida niña, tú no entiendes de estas cosas… Me pregunto si has oído hablar de la MVD soviética. ¿Sí?

—Sí —palideció aún más Nina.

—¿Y de la Verskaia? ¿Has oído hablar de la espía Verskaia?

—Murió hace años en El Cairo.

—No, no… ¡No murió! —rió Odile—. Por lo menos, yo creo que estoy viva, querida Nina. Pero ¿es posible que tú hayas oído hablar de mí, de la Verskaia?

—Desde luego; pero menos de lo que habrá usted oído hablar de mí, Verskaia… ¿No ha oído hablar de mí, de la agente Baby de la CIA?

Odile lanzó un alarido en el que se mezclaban la sorpresa, la furia y, finalmente, la alarma, al comprender súbitamente qué clase de enemiga tenía delante, vuelta de espaldas a ella, con un pie ya sobre el primer escalón. Ciertamente, al oír el nombre de Baby, Odile ya no lo pensó demasiado: alzó más la pistola, hacia la nuca de la rubia y bella jovencita, y apretó el gatillo… justo cuando Baby se encogía, se volvía y, con los tubos metálicos, lanzaba un terrible golpe horizontal a media altura. La bala disparada por la Verskaia rebotó contra un peldaño, con agudo tañido, y luego en el techo…, mientras la espía soviética de altos vuelos recibía en un costado el golpe con los tubos, que fue suficiente para hacerla tambalear con

fuerza. Lanzando un rugido de rabia, la Verskaia recuperó rápidamente el frente con respecto a Baby, dispuesta a disparar de nuevo, pero la espía de lujo de la CIA ya había tomado la iniciativa de la acción. Era mucho más joven, más fuerte y, sobre todo, infinitamente más rápida que la Verskaia. De un puntapié arrancó la pistola de la mano de la rusa, y acto seguido, antes de darle tiempo a recuperar el equilibrio, la derribó con otro puntapié, es decir, ahora con un taconazo de karate en pleno vientre, que hizo rodar a la Verskaia hacia el centro de la lavandería, aullando de dolor. Era ya un combate sin emoción de ninguna clase. Sólo podía haber una ganadora.

Sin embargo, la Verskaia no estaba dispuesta a dejarse vencer de ninguna manera, y, rugiendo de rabia y dolor, rodó aún más hacia la automática que antes había dejado caer Baby al suelo. La empuñó con dedos crispados, acabó de rodar, quedó finalmente orientada hacia Baby, llameantes de odio los ojos, y su boca se abrió para emitir un grito de triunfo…

¡Pack!

La Verskaia abrió mucho los ojos, mirando a la hermosa jovencita que, un poco inclinada, empuñando su propia pistola, acababa de disparar, sin piedad alguna, anticipándose con una velocidad aterradora. De pronto, se relajó, cayó de costado y su cara chocó contra el duro suelo.

Eso fue todo.

Baby se acercó a ella, le dio la vuelta con un pie y se quedó mirando aquel rostro tan poco femenino, de rasgos duros, boca delgada, mentón firme. Ciertamente, la Verskaia había sido una de las mejores espías rusas, y por eso había sido utilizada para aquella larga y asombrosa misión tras hacer correr la voz, años atrás, de que había sido muerta en El Cairo. Esta vez, la noticia de la muerte de la Verskaia no sería un truco. Dosvidaña.

Baby se volvió velozmente hacia la entrada de la lavandería del motel, alzando la pistola, y dos hombres alzaron las manos en gestos tranquilizadores, apuntando hacia el techo con sus pistolas.

—Eh, eh, eh… —masculló uno de ellos—. Tranquila, Baby… Somos sus queridos muchachos.

Ella asintió con la cabeza. Señaló los tubos caídos en el suelo y comenzó a subir las escaleras.

—Lleven esos tubos a míster Cavanagh tal como están. Díganle que a las diez de la mañana lo más tarde estaré en su despacho para presentarle el informe completo.

—Okay, Baby. ¿No necesita ayuda?

—No. Hasta luego.

Capítulo XIII

Peter Darrows entró en su casa y, sin encender ninguna luz, se dirigió directamente al dormitorio. Allí sí encendió la luz. Se acercó al armario, silbando quedamente una cancioncilla… Sobre el tocador vio la fotografía de su fallecida esposa y sonrió irónicamente. Se acerco, alzó el portarretratos y estuvo mirando el poco agraciado rostro de Lucy Manley. En el ángulo inferior derecho de la fotografía ella había escrito, con su elegante letra, tan femenina: «Tú eres mi vida, Peter. Te ama, Lucy».

La sonrisa irónica de Peter Darrows se amplió. A decir verdad, él no había sido la vida de Lucy, sino la muerte. La idea le hizo tanta gracia que casi se echó a reír. Estuvo unos segundos más contemplando el rostro de su esposa muerta; con aquella mirada tristona tras los lentes, la boquita pequeña y poco carnosa, la nariz un poco grande, como de lorito, en verdad nadie podría haber considerado jamás que Lucille Manley fuese bonita. Más bien, decididamente fea. Sin embargo, él se había casado con ella y la había estado soportando durante un tiempo, esperando una oportunidad…, que al fin había llegado. Lucy había sido tan ingenua en todo momento… Se lo había creído todo. Cuando él le pidió que se casaran, ella ni siquiera debió tener la menor idea respecto a que su cuantiosa fortuna jugaba un gran papel en aquella petición de mano… Tan fea… ¡Y tan ingenua! Ahora Peter Darrows dispondría libremente de casi cinco millones de dólares, de un yate, tres coches, aquella casa pequeña, la gran mansión en Washington… ¡Todo era de él! Verdaderamente, a veces, es tan fácil todo…

Se volvió vivamente al oír un ruido a su izquierda. Y se quedó atónito al ver salir a un hombre de su gran armario empotrado. Un hombre alto, apuesto, atlético, que le apuntaba con una pistola. El asombro y el miedo, a la vez, dejaron mudo a Peter Darrows. Fue el

otro quien saludó, amablemente:

—Buenas noches, señor Darrows. Llevo más de tres horas esperándole, desde que se fue su criada, esa negra tan gorda… Espero que no haya tenido el mal gusto de estar divirtiéndose por ahí hasta una hora tan tardía haciendo tan poco que quedó viudo… Sería muy mal visto, ¿no le parece?

—¿Quién es usted? —pudo musitar al fin Darrows—. ¿Qué hace en mi casa?

—Mi nombre es Floyd Russell. Pero, claro, eso no le dirá nada a usted, aunque soy el hombre que asesinó a su esposa en aquel motel de New Jersey.

—¿Está loco? —jadeó Darrows—. ¡Salga de aquí inmediatamente, o yo… yo…!

—¿Llamará a la policía? —sonrió Russell—. Eso sería divertido, señor Darrows. O quizá no. De todos modos, sí sería interesante oír lo que tendría que contarles.

—Escuche… No quiero complicaciones… Salga de aquí y por mi parte no ha pasado nada. Es lo mejor para los dos.

—Lo sé —asintió Russell—. Y eso es lo que me gustaría hacer, señor Darrows. Pero no puedo. Nosotros cumplimos siempre nuestros contratos, por difíciles o extraños que sean. El que nos ocupa es bien extraño, se lo aseguro. Pero vayamos por partes, ¿quedó satisfecho, de nuestros servicios con respecto a la muerte de su esposa en el motel de New Jersey? No me negará que lo hice todo muy bien: la policía aún está buscando al ladrón que golpeó con un candelabro a la infortunada señora Darrows para robarle su dinero. Poco se imaginan que la seguí desde aquí a New Jersey, dispuesto a matarla de un modo… discreto, aceptando el contrato contraído en el Lucky Star Motel.

—Usted… usted está loco… —jadeó de nuevo Darrows—. ¡Salga de aquí inmediatamente!

—Vamos, vamos, señor Darrows, cálmese. Usted sabe muy bien cómo van estas cosas. Pasa un par de días en el Lucky Star Motel, deposita en cierto buzón veinticinco mil dólares y la fotografía de la persona que quiere eliminar, así como su dirección para localizarla, y ya no tiene que hacer otra cosa más que esperar su muerte, que siempre es razonablemente explicable: accidentes, imprudencias al conducir el auto, robo con violencias… En el caso de usted, su

esposa falleció debido a robo con violencia, pero a usted no le importa, claro. Lo que quería era que muriese. Por eso, la última vez que estuvo en el Lucky Star Motel dejó el sobre con el dinero y la fotografía de su esposa, y esa dirección. Yo vine aquí, la vigilé, la seguí… y la maté en un momento conveniente. No va a negarme que nuestros servicios son impecables. Aparentemente los ejecutores del motel no sabemos quién hace el encargo, pero está claro que lo tenemos todo muy en cuenta, porque más adelante esperamos sacar fruto de este conocimiento. Pero, insisto, el caso de usted es curioso.

—No… no comprendo… nada de nada…

—Se lo explicaré. Usted ordenó la ejecución de su esposa, ¿no es cierto? Pues bien: alguien ha ordenado ahora la ejecución de usted.

Peter Darrows quedó lívido como un cadáver.

—¿Qué… qué dice…? ¿Qué… qué…?

—¿Verdad que es asombroso? Nunca había ocurrido algo parecido. Por eso estoy cambiando tan largas impresiones con usted, por si tiene alguna idea de quién ha podido ordenar que lo ejecutemos.

—No… No, no… Yo… yo… yo… Espere, no… Tiene que haber un error, señor… señor…

—Russell, ya se lo he dicho: para servirle.

—A… aquí hay… hay un error…

—No creo. En nuestro buzón apareció un sobre conteniendo veinticinco mil dólares y su fotografía. Véala, si gusta —Russell la sacó de un bolsillo interior y Darrows la tomó con mano temblorosa—. ¿Es usted o no es usted? Además, la dirección del dorso de la foto es la de esta casa. De modo que… aquí me tiene usted.

—Pe… pero… ¡Dios mío! ¿Qué está usted diciendo?

—Bien claro me expreso, señor Darrows: alguien ha ordenado su ejecución, y yo he recibido el encargo. Por eso estoy aquí.

—No… ¡Es una broma…! —rió agudamente Peter Darrows—. ¡Me están gastando una broma!

—Le aseguro que no —sonrió afablemente Russell—. Usted ya estaría muerto de no ser por mi curiosidad personal. Por más que pienso no comprendo quién puede haber ordenado su ejecución… Por eso quería preguntarle, ¿quién cree usted que puede haber sido?

—Nadie… ¡Nadie! No… no pensará hacerlo, ¿verdad? Es… es una broma, sí…

—Insisto en que no. Y, por supuesto, tengo que hacerlo. Somos muy serios en estas cosas, señor Darrows. Hemos recibido el dinero y su fotografía: por tanto, usted está condenado a muerte. Y es por eso que le he estado esperando. Lo alargaría un poco más, pero puesto que no puede satisfacer mi curiosidad respecto a la persona que ha ordenado su asesinato… ¿Conoce a un tal Frank Minello?

—No… ¡No!

—¿No? —Frunció el ceño Russell—. Es extraño… Un tipo con ese nombre se ha presentado en el motel de parte suya.

—¡No le conozco! ¡No sé quién es! ¡Todo esto…!

—Cálmese. Ya ajustaremos cuentas con ese señor Minello, en cuanto yo regrese al Lucky Star Motel… Que va a ser muy pronto, pues me espera allá una chica sensacional, señor Darrows. Pero, en fin, ocupémonos del asunto que interesa ahora, ¿cómo prefiere que ocurra su accidente mortal? ¿Un escape de gas? ¿O prefiere suicidarse? Esto último sería muy romántico, porque todos dirían que no había podido resistir el vacío que había dejado su querida esposa… Sí; es perfecto. Mañana aparecerá usted muerto, suicidado de un disparo bajo la barbilla, que le volará la coronilla. Fea muerte, señor Darrows. Pero embellecida por el amor… Junto a su cadáver, aparecerá la fotografía de su esposa, que usted habrá estado contemplando amorosamente. ¡Es perfecto!

Peter Darrows lanzó un chillido de animal acorralado y saltó hacia la cómoda, dio un tirón al gran cajón superior, metió la mano bajo las camisas, en busca de su pistola de reglamento de la U. S. Navy, pero no la encontró, de modo que comenzó a tirar camisas y demás prendas fuera del cajón, enloquecido…

—La tengo yo, señor Darrows. Vamos, sea buen chico y no complique las cosas. ¡De todos modos va a morir!

Darrows quiso saltar hacia la cerrada ventana, pero el atlético y poderoso Russell se interpuso en su camino, y ni siquiera tuvo necesidad de golpearlo. Bastó con que lo empujara para que Darrows cayera de espaldas al suelo. Un instante después, sujetándolo con una sola mano por las solapas, Russell sentaba al viudo en uno de los silloncitos del dormitorio. Y antes de que pudiera reaccionar, con su propia pistola le golpeó en lo alto de la cabeza. Peter Darrows lanzó un gemido, y quedó semiinconsciente en el silloncito, sostenido por Russell, que apoyó la punta de la

pistola bajo la barbilla del marino y apretó el gatillo. El estampido quedó ahogado por la propia garganta de Darrows, mientras la parte superior de su cabeza estallaba como un pequeño volcán, dejando paso a la bala, que dio en el techo. A todos lados, la sangre, los cabellos y la masa encefálica saltó en pequeñas salpicaduras. Y, naturalmente, Peter Darrows ya no se movió más. Ni se movería para nunca jamás, amén.

Con una sangre fría escalofriante, Floyd Russell acabó su trabajo, de un modo en verdad concienzudo. Recogió todo lo que Darrows había tirado fuera del cajón, lo dobló cuidadosamente y lo fue dejando en su sitio; cerró el cajón tras ordenar su contenido; colocó bien la arrugada alfombra; arregló las ropas del cadáver; colocó sobre la alfombra, cerca de su mano derecha, su propia pistola reglamentaria; al otro lado, en el suelo, como si hubiera estado sostenida en la mano izquierda de Darrows, dejó caer la fotografía de Lucille Manley, la pobre muchachita fea que jamás fue amada, pasaría a la pequeña historia del mundo como la mujer que llevó al suicidio a su marido al no poder vivir sin ella.

Sin apagar la luz del dormitorio, Floyd Russell salió de allí, y poco después lo hacía de la casa, dejándolo lodo tan perfectamente preparado que nadie podría sospechar que en aquella casa había habido un personaje ajeno a ella. Y, como siempre, con paso tranquilo, impávido, ajustándose los negros guantes como queriendo asegurarse de que los llevaba puestos y que no había dejado huella alguna, se alejó del lugar del hecho, hacia donde había dejado su auto, no demasiado lejos, desde luego, pues le fastidiaba tener que caminar… Llegó al auto, entró en él y, cuando se estaba quitando los guantes, al alzar la mirada casualmente hacia el retrovisor, se quedó helado de sorpresa y espanto.

—Hola, querido Floyd… —Oyó la voz conocida—. ¿Has terminado el trabajo?

—Nina… —Se volvió Russell en el asiento, atónito—. ¿Qué estás haciendo aquí y cómo has…?

Se calló bruscamente, al ver la imponente automática con silenciador que le apuntaba a la frente.

—Sal del auto, Floyd.

—¿Qué significa…?

—Sal del auto. No lo repetiré. Y colócate de espaldas a mí, con

las manos en alto.

Floyd Russell parpadeó, entre asustado y desconcertado. Sobre todo, asustado, pues conocía bien aquel tono de voz que estaba empleando Nina Temple. Salió del coche, se separó tres o cuatro pasos y alzó los brazos, vuelto de espaldas. Sabía que ella le registraría para quitarle su pistola. Y entonces sería el momento de atraparla y hacerle muchas preguntas. En cuanto la tuviera en sus manos, la…

Russell se crispó violentamente, y lanzó un respingo de terror cuando notó aquella punzada fría en sus riñones. Todavía no sabía lo que había ocurrido cuando, tras él, Nina Temple le clavaba por segunda vez el estilete. Desencajado el rostro, desorbitados los ojos, Russell cayó de rodillas, temblando bajo aquel frío dolor que se extendía por todo su cuerpo… Por detrás, la señorita Temple apoyó un pie en su cabeza y acabó de derribarlo, de bruces, hundiendo su cara en la tierra áspera del borde del camino. Sólo entonces le quitó la pistola, cuando ya Floyd Russell ni siquiera se acordaba de su arma, tal era su dolor, su agonía…

La voz de la encantadora rubia sonó junto a su cabeza, y pudo ver las perfectas rodillas ante sus ojos.

—Estoy aquí, Floyd, porque yo soy quien os contrató para que asesinaseis a Peter Darrows, igual que hicisteis con su esposa. Sabía que ibas a venir tú a matarlo, y he tenido la suerte de llegar a tiempo de presenciarlo todo desde una ventana, hasta que comenzaste a arreglar el dormitorio. Mis felicitaciones: eres todo un artista. Peter Darrows ha muerto como merecía. Ahora te toca a ti.

—Nina, no… no me mates…

—No me llamo Nina. Me llamo Brigitte Montfort, soy además la agente Baby de la CIA y, sobre todo, era amiga de Lucille Manley, a la que tú asesinaste en New Jersey. ¿O no, Floyd?

—E… escucha, estoy… estoy herido…

—Lo sé. Te he apuñalado dos veces. Con gente como tú no me ando con miramientos, Floyd. No sé si lo entiendes: cuando es necesario, soy mala como una víbora. Auténticamente mala y asesina, Floyd. Mucho, muchísimo más que tú. Cuando es necesario, insisto. Yo te vi en el motel de New Jersey donde se alojó Lucy Darrows… ¿La mataste tú? Yo digo que sí, pero quiero que confieses.

—Sí… Sí, fui yo… Pero estoy herido ahora…

—Vamos, vamos, Floyd… Eres un hombre fuerte… No puedes lloriquear por dos cuchilladas de nada… Vamos, prueba a levantarte. Te llevaré lejos de aquí.

Floyd Russell comenzó a incorporarse. Era, efectivamente, un nombre muy fuerte, y habría conseguido ponerse en pie si, cuando estaba a medio incorporar, Brigitte Montfort no le hubiera aplicado otro feroz navajazo en los riñones, aplastándolo de nuevo contra el suelo.

—Sólo quería saber si tenías resistencia aún para ponerte en pie, Floyd. Vamos, vuelve a probar.

Floyd Russell cerró los ojos y se estremeció. Estaba completamente lívido, y notaba el rostro cubierto de un fino sudor helado. Lo que no notaba eran sus piernas. Como si no las tuviera. Pensó en la mujer que estaba con él, y un terror profundo como nunca lo había sentido en su vida volvió a estremecerlo. Intentó decir algo, pero sólo un jadeo ronco brotó de su boca.

—Ah, ya no puedes ponerte en pie… Pobrecito… Voy a llevarte con un médico, Floyd, querido… Palabra de honor.

Desenrolló una cuerda de plástico que llevaba a la cintura, ató un extremo al parachoques trasero del auto de Russell y el otro extremo a los pies de éste. Luego volvió a arrodillarse junto al malherido asesino profesional.

—Floyd, voy a llevarte con un médico, y para ahorrar tiempo iremos unos minutos campo a través. Sólo hay un pequeño inconveniente: tendrás que aceptar un poco de incomodidad durante el viaje, pues no hay sitio para ti dentro del coche.

Se colocó ante el volante de éste, que se hallaba completamente vacío, desde luego, y puso el motor en marcha. Con gran cuidado, lo enfiló hacia las matas que se veían lejos del camino… Sí, por allí debía haber un buen atajo. ¿O no? El mejor modo de saberlo era viajar por aquella parte. El coche saltó hacia delante y, cuando la cuerda se puso tensa, Floyd Russell lanzó un alarido…

Este es el final

—Lo publicaremos con el seudónimo de costumbre, Brigitte —murmuró Miky Grogan, al terminar de leer el último artículo—. Es un excelente trabajo. Una vez más, el Morning News va a asombrar al público. Y todo gracias a usted.

—Frankie ha colaborado en estos artículos —musitó Brigitte, señalando a Minello, sentado junto a ella en el despacho de Grogan—. Por lo tanto percibirá sus beneficios económicos correspondientes. En cuanto a la firma, allá él si prefiere utilizar su propio nombre o, como he hecho yo, utilizar un seudónimo.

—Prefiero el seudónimo —dijo Minello.

—De acuerdo, entonces —aceptó Grogan—. Mañana saldrá el primer artículo de la serie. ¡La que se va a armar! Todo eso del motel, los asesinos profesionales y, sobre todo, el vasto y pacienzudo plan ruso para dominar Estados Unidos desde la sombra… Va a ser como una bomba. ¿Cuál es la actitud de la CIA respecto al asunto?

—Puedo suponerla leyendo lo que me han permitido escribir, querido Miky. Lo demás, pasa al archivo secreto.

—Entiendo… —Grogan se estremeció—. No quisiera tenerla por enemiga, querida. Es usted diabólica. Eso de enviar a Floyd Russell a matar al marido de su amiga…

—Fue el mismo que asesinó a Lucy, ¿no? Pues también me pareció oportuno que se encargase de él.

—Sí, sí… Pero es diabólico. En cuanto a lo de Russell… Bueno, nadie va a creer que después de darle tres cuchilladas en los riñones la protagonista de estos artículos quiso llevarlo a un médico… arrastrándolo millas y millas por entre matojos y rocas, por medio de una cuerda.

—Oh, al público le gusta este tipo de sentido del humor —sonrió Brigitte—. Mañana salgo hacia mi cabaña del lago, a descansar un

par de días. Si quieren, los dos están invitados: tranquilidad, sol, un poco de pesca, lectura de versos, música, conversación amena… Sólo eso.

—Iré encantado —aceptó Grogan.

—Zambomba, y yo… —exclamó Minello—. En cuanto a esa clase de vida en el motel… No sé… Me parece que no me gusta tanto como pensaba antes de… de todo esto. Ni siquiera aunque la diversión sea sólo para hombres.

—Algo hemos ganado entonces —sonrió Baby.

FIN